

PERDIDOS EN EL «AÑO LUZ»

Frank Caudett

CIENCIA FICCION

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS

PERDIDOS EN EL «AÑO LUZ»

Título Original: *Perdidos En El «Año Luz»*

Colección: La Conquista Del Espacio 625
ISBN: 9788402025258
Generado con: QualityEbook v0.71

CAPÍTULO I

—ELLAS… te satisfacen más que yo, ¿no es cierto? Lo hacen mejor, ¿verdad?

Karl-Heinz Sutherland, comandante y cosmonauta de la Confederación de Estados Terrestres, planeta conocido años ha con el nombre de Tierra, ladeó su cabeza para recorrer con mirada sorpresiva el hermoso y desnudo cuerpo de la hembra mercuriana.

—¿Quiénes son *ellas*, Nereida?

—Las mujeres de tu planeta. ¿Son mejores que yo?

—¿Por qué me haces esa pregunta, princesa?

—Te contestaré con lenguaje de tu mundo: por coquetería y por temor al mismo tiempo. Me gustarla ser superior a las terráqueas y proporcionarte mucha más felicidad que ellas.

—Lo eres y lo consigues.

—Mientes.

—¿Hay alguna razón específica para que mienta?

Lo besó en la boca jugueteando con sus largos y cálidos dedos por entre el vello que poblaba el atlético torso masculino.

—Sí. La de que ahora acabas de gozar conmigo. ¿Cómo son ellas?

—Menos rubias, menos bonitas, menos sensuales y menos dulces que tú. Sus pechos no destilan la miel que los tuyos, sus ojos no se encienden de pasión como los tuyos… Además, tú no te diferencias en nada porque aun siendo de Mercurio, físicamente tienes los mismos sistemas que una terrícola. ¿Por qué, Nereida? Nunca me has explicado ese misterio.

—Nunca me lo habías preguntado.

—Acabo de hacerlo.

Volvió a besar la boca de Karl-Heinz.

—Sucedió hace mucho tiempo. Yo debía contar unos diez años. Lo recuerdo con ambigüedad. Genitúbal Iktrón hizo unos experimentos conmigo…

—¿Genitúbal Iktrón? ¿Quién es ese tipo?

—Procedía de Plutón, según creo. Era algo así como un científico. Quiso adueñarse de su planeta, pero su movimiento sedicioso fue descubierto por los hombres del emperador y tuvo que huir con varios de sus acólitos a bordo de un satélite que lo trajo a Mercurio. Pretendía hacer extraños experimentos a los que nadie se prestó… incluso nuestro presidente, el Respetable Darai Fenech, le prohibió actuar. Pero Genitúbal lo hizo conmigo, en secreto.

—¿Por qué tú?

—Mis padres eran muy pobres. Genitúbal Iktrón Branitor me compró por un millón de *mercurs*. Me dio cuerpo terrestre y creo que también trabajó en mis células cerebrales. Así, hago y siento como una humanoide.

Karl-Heinz, con evidente extrañeza, siguió preguntando:

—¿Qué ha sido de Genitúbal Iktrón? ¿Dónde está ahora?

—Desapareció. Hay quien dice que el Respetable Fenech le obligó a marcharse de Mercurio.

—¿Tienes idea de por qué ensayó en tu cuerpo?

—Imagino que trataba de conseguir una especie de simbiosis a nivel de entes interplanetarios. Fusionar la mecánica cerebral de mi planeta con el sistema reproductor del tuyo.

—O sea, que puedes tener hijos conmigo pero no con un mercuriano…

—Así es.

—Para mí, no tiene sentido.

—Ni para mí —afirmó la bella—. Y eso que lo he pensado mil veces.

Sutherland saltó del lecho.

—Es hora de que me vaya, Nereida. A las seis me espera Oloko Merckrai.

—Luego de entrevistarte con él, ¿volverás?

—He de partir hacia mi planeta.

—Hum…

El terrestre acabó de enfundarse su chándal de *fostón*. Un género que le protegía de cualquier agresión que se produjera con armas medianas.

—¿Quieres pedirme un helitaxi desde tu videófono?

—Karl-Heinz…

La miró con fuerza.

—¿Sí?

—Llévame contigo.

—Sabes que no puedo hacerlo.

Nereida se le acercó mimosa. Y desnuda.

—Nadie tiene por qué saberlo. En tu próximo viaje a Mercurio me devuelves.

—No es tan sencillo, princesa.

—¡Te lo suplico! —hizo ademán de arrodillarse y él lo evitó tomándola por las muñecas—. Tengo unas ganas locas de conocer la Confederación de Estados Terrestres. ¡Te seré sumisa y fiel!

—¿Por qué me tientas así?

—Deseo estar contigo. Vivir una hermosa aventura a tu lado. Después, si es tu deseo, te olvidaré.

Mesuró los riesgos que podía comportarle la aventura que Nereida perdía. En el fondo, también él era un poco aventurero.

—De acuerdo —decidió al fin—. Y ahora, pídeme ese helitaxi. Pasaré a recogerte sobre las…

—Te llevo con mi mercmóvil y te esperaré donde me digas —se alzó sobre la puntera de sus desnudos piececitos y le besó una vez más—. ¿Sí?

—No sé cómo te las arreglas para convencerme, prenda.

—Será un viaje maravilloso. Me emociona pensar en hacer el amor en una cosmonave.

—¡Lujuriosa y pérfida! Como todas.

—¿Te molestas?

—Sí… —Pero sonrió al añadir—: Me molesta el que no se me haya ocurrido a mí. Y ahora, vístete. Oloko me está aguardando.

* * *

Oloko Merckrai, director de la Conferencia Astronómica de Mercurio, miró con detenimiento al cosmonauta terrícola, acabando por hacer una especie de gesto aprobatorio.

—¿Y bien, profesor Merckrai? —inquirió Karl-Heinz.

—Pocas novedades puedo aportar a los estudios de sus científicos.

Ese planeta que aparece en línea ascendente a Mercurio situado en la galaxia que ustedes han denominado Avinzor, está, exactamente, en los límites de la nuestra y a una distancia media aproximada de 92 billones de kilómetros, o sea, diez años luz.

—¿Y qué me dice de ese bache donde parecen haberse fundido nuestras naves?

—Muy relativo, señor Sutherland. Determinar a tanta distancia y con exactitud un espacio de tiempo interestelar no está al alcance de nuestros aparatos, posiblemente más rudimentarios que los empleados en su planeta. Ese bache que ustedes definen como «año luz», quizá porque suponga que es la longitud exacta del mismo lo que equivale a 9,416.10/12, no aparece en nuestros sistemas algebraicos que se pierden en el vacío intergaláctico.

—Tengo la sensación, con todos mis respetos, que no se han tomado el suficiente interés. O que no me dice todo lo que saben realmente.

El otro se puso serio y rígido.

—¿Es un reproche una acusación, señor Sutherland?

El cosmonauta terrestre hizo un movimiento negativo.

—Ni una cosa ni la otra, admirable Merckrai. Pero ustedes forman parte de la Multiespacial Galáctica del Sistema Solar y se supone que aquello que preocupa a uno de los miembros de esa organización se convierte en problema del interés de todos sus afiliados.

—Sigue empleando el término interés con dudosa intención. Es muy joven, amigo Karl-Heinz, y desconoce muchas cosas. Por eso apela a la solidaridad de la Multiespacial como un hecho de honor. Entiendo que en Mercurio nos inhibimos de los problemas o preocupaciones de la Confederación de Estados Terrestres. —Esbozó una tenue sonrisa—. Le diré algo que desconoce, señor Sutherland. Cuando hace algo más de mil años, en su planeta entonces llamado Tierra, dos potencias políticas, bélicas y nucleares, Rusia y Estados Unidos, se disputaban ferozmente la hegemonía de los espacios cósmicos, cometieron una serie de aberraciones que estuvieron a punto de determinar la destrucción de la Tierra. Nunca se preocuparon del beneficio común de su propio mundo y mucho menos del de los demás planetas posiblemente habitados. Sólo les guio la ambición de conquistarlos y someterlos para satisfacer su ego. Ustedes han heredado las perniciosas costumbres de sus antepasados. Siguen siendo egoístas y desconfiados. Nosotros, mi buen amigo, somos diametralmente opuestos. Distintos. Y mucho más sencillos.

—¿Adónde quiere ir a parar con esa demagogia, profesor Merckrai?

—Al hecho concreto de que en Mercurio admitimos las circunstancias tal cual, sin ir más allá. Hemos estudiado su *problema*, que aceptamos como nuestro también y las conclusiones son las que le he expuesto. Pero de momento no hemos podido llegar más lejos. Seguiremos estudiando, sí. Pero sin esa premura de ustedes que no es más que la traducción de sus ambiciones, para mí, perdóneme la expresión, totalmente ególatras. Pretenden ser los primeros de la Multiespecial Galáctica del Sistema Solar que tomen posesión del planeta…, ¿cómo le han bautizado?

—Distante —repuso Karl-Heinz con severa solemnidad.

—Quieren ser los primeros en llegar a Distante en la galaxia Avinzor. Y pretenden que compartamos sus inquietudes, sus problemas, pero no el éxito o la gloria. Los terrestres siempre tienen que ser los primeros.

—Es una opinión muy subjetiva, admirable Merckrai. Y no nos pondríamos de acuerdo porque la mía, desde su óptica, también debe serlo. ¿Quiere concretar el informe para mis superiores?

—Se lo repetiré: 92 BILLONES DE AÑOS LUZ ES LA DISTANCIA. Ignoramos la naturaleza de ese bache o espacio cósmico vacío en el que parecen haberse sumergido sus cosmonaves. Proseguiremos investigando al respecto. ¡Ah, salude de mi parte al admirable Reynolds!

—Le transmitiré sus saludos. Hasta mi próximo viaje, profesor.

—Feliz regreso, señor Sutherland.

Salió del sateldificio de la Conferencia Astronómica de Mercurio,

Nereida aguardaba en el heliparking.

—¿Nos vamos ya? —preguntó al ver llegar al terrestre.

—Paciencia, princesa —repuso, consultando su cronósfero. Explicándole—: Tenemos que aguardar a que la elongación angular de Mercurio se sitúe en los 19,6 grados y entonces estaremos en radio de teletransporte para que Perfectrum nos lleve a la nave.

—¿Perfectrum? —repitió, sorprendida—. ¿Quién es Perfectrum?

—Mi ingeniero de vuelo, mi amigo, mi protector, mi obcecado contertulio en ocasiones…; muchas cosas.

—No sabía que viajabas acompañado.

—Pronto le conocerás, princesa —Karl-Heinz extrajo del bolsillo de su traje de *fostón* un instrumento achatado que parecía de oro. Alzando la tapa se lo acercó a los labios y dijo—: Perfectrum, ¿estás a la

escucha?

Una voz metálica, de eco vibrante, llegó con claridad hasta el lugar en que se encontraba la pareja.

—Afirmativo.

—En 47-A habrá situación 19,6 grados y estaremos en radio de teletransporte. Prepárate para llevarnos a la *Selene XV*.

—¿Por qué pluralizas?

—Viene una pasajera conmigo.

—Bien. Estaré dispuesto en 47-A.

—¿Dónde está la cosmonave? —inquirió la preciosa rubita.

—A 50 espaciales de la órbita de Mercurio. Y ahora, silencio, Estaremos acercándonos a 47-A. ¿Estás dispuesto, Perfectrum?

—Afirmativo —repuso la voz metálica.

—¡Ya! —exclamó Sutherland al tiempo que con su brazo derecho rodeaba la cintura de Nereida.

Un rayo azulado zigzagueó alrededor del contorno de sus figuras envolviéndolas en su resplandor hasta que desaparecieron engullidas por aquél.

CAPÍTULO II

—¡HUY, qué divertido! —exclamó Nereida, al encontrarse a bordo de la cosmonave *Selene XV*.

Y como Karl-Heinz la seguía reteniendo por la cintura, dijo:

—¿Por qué no me sueltas?

—Para que no estrelles tu linda y rubita cabecita contra el techo, princesa.

—¿Y por qué tú no…?

—Porque desde que el rayo de teletransporte nos ha dejado a bordo, mi fiel y precavido Perfectrum ha activado la suela imantada de mis botas que me retienen adheridas al suelo.

—Tengo ganas de conocer a tu amigo.

Como si la hubiese oído, apareció al instante tras abrirse una de las puertas electrónicas que daban acceso al puente de mando.

En principio parecía humano.

Pero era demasiado alto, casi tres metros, y se movía con mucha lentitud y excesiva rigidez. Dentro de su equipo espacial de vuelo se adivinaba un complicado cuadro de mandos y un sofisticado sistema microeléctrico de programadores. Su ancha frente metálica se distinguía al otro lado de la escafandra y bajo aquélla los tres ojos electrónicos borraban todo vestigio humano.

—Dispuesto para el regreso —dijo con su voz de vibrante eco—. Partiremos en situación 52,6-B. Voy a situar la nave a 150 espaciales de la órbita de Mercurio en ángulo de descenso.

—Buen chico, mi inestimable Perfectrum, sí. Pero antes… ¿por qué no buscas unas botas de suela imantada para mi conejita?

Nereida estaba absorta en la contemplación del robot. Salió de su

mutismo para preguntar en tono mimoso:

—¿Qué es una conejita?

—La hembra de un espécimen animal terrestre que tiene una piel muy suave, agradable al tacto, y unos ojos muy grandes.

—¿Piensas hacer conejitos con tu conejita a bordo de la *Selene XV*, comandante Sutherland? —preguntó Perfectrum.

—¿Desde cuándo piensas por tu cuenta?

—Es el inconveniente de tener un electrohumanoide con dos cerebros Karl-Heinz.

—Sigue por ese camino y te desconectaré el cerebro humano.

—Voy por esas botas —y se alejó pesadamente tras dar un lento giro sobre sí mismo.

—Estoy asombrada. ¿Viajas siempre con… eso?

—Es muy útil, Nereida. Y ahora que has tomado posesión de tu cosmocasa, ¿qué te parece si nos sentamos?

La acompañó hasta una butaca de estructura metálica y asiento blando, giratoria, frontal al videoscope de vuelo. Le puso el cinturón de seguridad.

—¿Estoy prisionera?

—Hasta que Perfectrum regrese con esas botas, sí. No quiero que te dejes los sesos, si es que existen en tu mercuriana cabeza, pegados al techo de la *Selene XV*. ¿Nadie notará tu ausencia en Mercurio?

—No. Seguro.

Vino el electrohumanoide con las botas y Karl-Heinz calzó con ellas a la muchacha.

—¿Has preparado el programa de vuelo, Perfectrum?

—Positivo. El tiempo será perfecto. He consultado las dos primeras interestaciones cosmometeorológicas y no se espera ningún cambio ni está prevista ninguna lluvia de meteoritos.

—Bien. Faltan 15 décimas para entrar en 52,6-B. Tomaré mi puesto.

Lo hizo en otra butaca idéntica a la ocupada por Nereida, delante de ella. Se abrochó el cinturón.

—He abierto la barrera magnética —anunció el robot—. Los turborreactores y el refractor de energía dispuestos. Activados los circuitos principales.

Sutherland maniobró sobre el panel de mandos.

—Intensidad 17. Nos aproximamos a situación 52,6-B. ¡Ahora!

Perfectrum manipuló en su cuadro. Cinco centésimas de segundo

después la cosmonave *Selene XV*, con centelleante suavidad, habíase alejado cien mil espaciales de la órbita de Mercurio rumbo a la Confederación de Estados Terrestres.

—Todo en orden —aseguró el electrohumanoide, alejándose del puente de mando. Y añadió con refinada ironía de robot avispado—: Puedes empezar la fabricación de conejitos. Estaré en la sección 7 controlando la electrorruta fotónica. ¡Que te sea leve!

—¡Impertinente!

El joven cosmonauta salió de su asiento comprobando que Nereida se estaba liberando del cinturón de seguridad.

—¿Quieres que sintonice el videoscope interno de vuelo? Así podrás contemplar la belleza plástica de los azules espacios cósmicos.

—¿Eso es lo que en tu planeta llaman poesía?

Sonrió él.

—Más o menos.

Nereida se refugió contra el fornido pecho del atlético cosmonauta ofreciéndole su boca roja y madura.

Los besos en pleno vuelo espacial debían ser más sabrosos porque Karl-Heinz lo apuró al máximo.

Cuando se distanciaron vio que ella tenía un extraño instrumento en la mano.

—¿Qué es eso, princesa?

—Te imaginaba más inteligente, terrícola.

—¿A qué estás jugando, Nereida?

Habla una mueca cruel en los labios de la hembra. Sus bellas facciones estaban ensombrecidas. Ya no era la chica divertida y simple, dulce y sumisa, que se preocupaba por hacer feliz a Karl-Heinz.

—A la muerte, cosmonauta. Eso dependerá de tu comportamiento. Con este lanzador de gas puedo simplemente dormirte… o simplemente matarte.

—¿Te has vuelto loca?

—No. Siéntate en tu butaca.

Obedeció.

—¿Y ahora?

—Abróchate el cinturón sin hacer un solo movimiento más de los necesarios.

—Me gustarla saber qué pretendes, princesa.

—Pronto lo sabrás. Una vez te haya dormido me ocuparé de que eso

que viaja contigo altere la electrorruta. Hay alguien que quiere hablar contigo.

—¿Quién es?

—Genitúbal Iktrón Branitor,

—¡Vaya! ¿Así que trabajas para él?

—Soy su más humilde esclava. Y estoy orgullosa de que me haya encomendado esta importante misión: trasladar la *Selene XV* y su comandante a Plutoniv. No puedo fallarle.

—Tus palabras me hacen suponer que muerto no le sirvo de nada. Voy a crearte problemas porque no dejaré que me lleves a ese lugar con vida.

Soltó una burlona carcajada.

—¿De veras?

Un chorro de gas surgió de la boca del lanzador estallando en el rostro de Karl-Heinz. Al instante se dobló su cabeza sobre el pecho quedando inmóvil.

Nereida se hizo cargo del panel de mandos. Movió una clavija.

—¡Perfectrum!

—No estoy programado para atender tu registro de voz.

—¡Emplea el cerebro humano de que estás dotado! Antes de llegar aquí sabía que puedes pensar por tu cuenta. Obedece, estúpido electrohumanoide, si quieres que tu amo siga con vida.

—Él te lo ha dicho, Nereida —repuso el robot a través del transmisor electrónico—. Muerto no te sirve de nada. Estás perdida, te lo dice mi cerebro humano. Depón tu actitud y nada te sucederá.

—Haré estallar la nave en mil pedazos y moriremos los tres.

Una nueva voz se dejó oír en el interior de la cosmonave *Selene XV*. Expresándose así:

—No se te ocurra destruir la nave, Nereida. No entra en mis proyectos y además sería absurdo. No puedo atraer la *Selene XV* a la órbita de Plutoniv, pero te enviaré ayuda. He programado dos cohetes ionodirigidos que os alcanzarán en la intensidad un millón ciento diez mil y escala media de doscientos mil nueve. Eso sucederá en 127,01-J. Faltan lo que ellos calculan en veintiséis minutos.

—Estaré preparada, mi señor Genitúbal Iktrón.

—Mantén la calma porque todo saldrá bien. Si ese electrohumanoide te importuna carbonízalo con el vomitador láser en generador 15.

—¡De acuerdo, mi amo! No te defraudaré.

Se alejó la voz que procedía de aquel desconocido lugar llamado Plutoniv.

Nereida giró llevándose una sorpresa. Al hablar con su jefe había distraído la vigilancia de Karl-Heinz. ¡Y no estaba en su butaca!

—¡Eh…! ¡Maldito sea! ¿Dónde estás?

Un violento golpe en la muñeca la despojó del lanzador de gas. Otro, la proyectó contra el suelo y el cosmonauta se hizo sobre ella arrebatándole el vomitador láser.

—¿Me habías tomado por un idiota? Un tonto al que tenías prisionero en las cálidas redes de tus encantos sexuales, ¿verdad? ¡Ah!, gracias por advertirme que tu lanzador era de gas porque así he podido activar el antídoto que llevo en el interior de las fosas nasales.

Apareció Perfectrum.

—Es agradable comprobar que te las arreglas solo, terrícola —ironizó—. ¿Qué hacemos ahora?

—Activa el refractor e invierte el programa. Volvemos cincuenta mil espaciales atrás en una inclinación sobre nuestra propia órbita de 40 grados. Prepara los turboproyectiles fotondirigidos con cabeza viratoria uno, dos, tres y seis. Conecta el control de lanzamiento a 96,04 H, que será el instante exacto en que según las coordenadas electrónicas entrarán en contacto elíptico con nuestra órbita esos cohetes.

Perfectrum ya accionaba su panel microeléctrico.

—Todo dispuesto. La lectura indica que no puede haber error.

—¡No te saldrás con la tuya, maldito! —exclamó Nereida, furiosa por su fracaso—. ¡Mi señor Genitúbal Iktrón es más listo y poderoso que tú!

—La conejita se rebela —gruñó metálicamente el robot.

—Es mala perdedora, mi fiel Perfectrum. Con paciencia le enseñaremos nuestros métodos. ¿Sabes que mis antepasados eran expertos en la tortura?

—Situación 95,99-H dijo el electrohumanoide, ignorando la pregunta—. Se aproxima el momento.

—Abre el videoscope. Aumenta a mil en la pantalla.

—Positivo. ¡Ahí los tienes! Cinco, cuatro, tres, dos, uno… ¡y cero! ¡Allá van!

Fue una imagen dantesca. Los turboproyectiles fotondirigidos de cabeza vibratoria surcaron como exhalaciones el silencioso espacio hasta estrellarse por partida doble contra los cohetes que viajan en elipse de la órbita de la *Selene XV*. Se produjo un mudo estallido y miles

de pedazos poblaron el cosmos con una lluvia artificial de meteoritos.

—Corrige el rumbo, Perfectrum. Volvemos a la situación inicial. Avante un millón de espaciales. Comunica con la estación interespacial de Luna Cero para que comuniquen al cosmódromo de Florida que tomaremos tierra dentro de dos horas y dieciocho minutos en posición 01,3-AB.

—Positivo y programado.

—Ahora, pues, nos ocuparemos de la conejita.

—¡Mierda! —exclamó ella.

—No te hacia tan grosera, pequeña. Perfectrum…, ¡esa jeringuilla!

—¿Qué vas a hacerme?

—Inmunizarte contra cualquier virus infeccioso.

—¡No lo permitiré! —exclamó Nereida.

—¿Crees que estás en condiciones de decidir, prenda?

El electrohumanoide le entregó al cosmonauta la jeringuilla, con varios centímetros cúbicos de un líquido verdoso.

—Sujétala, Perfectrum.

—¡No me…!

Lento pero seguro se hizo con ella y la inmovilizó.

Karl-Heinz rasgó la tela a la altura del brazo y apretó con los dedos hasta que la vena se hizo evidente. Rasgó la epidermis con la hipodérmica y con ésta en la vena empujó el émbolo administrándole todo el líquido.

Nereida se vino abajo al momento.

Perfectrum la trasladó al mismo asiento que ocupase al llegar a bordo.

El cosmonauta esperó unos segundos. Los mismos que transcurrieron hasta que ella alzó la áurea testa volviendo en sí de aquel fugaz sopor.

—¿Cómo te llamas?

—Nereida Diercuri.

—¿A quién sirves?

—Genitúbal Iktrón Genitor.

—¿Es el jefe supremo de Plutoniv? —siguió interrogando Karl-Heinz.

Nereida contestaba lo mismo que una autómata. Como programada.

—Sí.

—¿Tu misión a bordo de esta nave era conducirla a Plutoniv?

—Sí.

—¿Por qué?

—Mi señor Genitúbal Iktrón quiere hablar contigo.

—¿Sobre qué?

—Lo ignoro.

Sutherland frunció el entrecejo. Sabía que no iba a obtener datos positivos porque a Nereida no le habían confiado nada importante.

Se preguntó en qué lugar del cosmos se hallarla Plutoniv, quién era realmente Iktrón Branitor y qué pretendía de él. Respuestas todas que debían encontrarse a millones de kilómetros de distancia y en situación ignota.

Era absurdo devanarse los sesos.

¿Y si pedía un permiso sin explicar nada de lo sucedido, ocultando el cuerpo de Nereida en alguna sección de la cosmonave, para así investigar por su cuenta y riesgo?

Era militar y no podía hacer cosa semejante. Alta traición, sí.

Los tres ojos electrónicos del robot lo escrutaban impersonalmente.

—Estás preocupado, Karl-Heinz Sutherland.

—¿Afirmas o preguntas? ¿Y con cuál de tus cerebros?

—Afirmo. Con el de la lógica.

—¡Muy terrícola tú! Sí, estoy preocupado. Quisiera saber qué pretende de mí ese plutoniano disidente que al parecer se ha reencontrado en otro planeta al que denomina con un nombre muy parecido al suyo de origen.

—He consultado la videohemeroteca: ninguna lectura devuelve el nombre de Genitúbal Iktrón Branitor. No hay constancia ni en el pasado, ni en el presente ni en un futuro inmediato de mil años. Es totalmente desconocido para para nosotros. En Plutón debía vivir con otro nombre.

—¿Has comprobado el milenario de científicos?

—Sí. No existe ni anterior ni posteriormente. Quizá en la Confederación sepan algo de él.

—Lo dudo, Perfectrum, lo dudo.

—¿Por qué no descansas un rato antes de llegar abajo?

—Puede que tengas razón, muchacho. —Y abandonó el puente de mando mordiéndose el labio inferior. Girando la cabeza antes de cruzar la puerta, anunció—: Llévala al segmento de seguridad.

* * *

—Preparados para entrar en la órbita terrestre —anunció el

electrohumanoide.

—Preparado. Aumenta en la pantalla a dos mil.

La celeste nebulosa de la Confederación de Estados Terrestres se hizo presente como si la tuvieran dentro de la cosmonave. Karl-Heinz desactivó los circuitos principales y los mandos fotoeléctricos para atender las maniobras con los mandos manuales.

Sé comunicó con el cosmódromo de Florida.

Y le respondieron:

—El pasillo iónico está trazado, Sutherland. Abandone los mandos en posición 01,1-AB. Nosotros dirigiremos la maniobra.

—Recibido. Faltan tres segundos… ¡Ya! Estoy en 01,1-AB. Los mandos son suyos, torre de control. ¡Hasta luego!

CAPÍTULO III

—Y usted, como un moderno caballero andante del espacio, la metió a bordo de la *Selene XV*… pidiendo autorización, ¿a quién? ¿A quién, comandante Sutherland?

El cosmonauta se removió, inquieto, en el fondo de su asiento. Tras una pausa reflexiva, repuso:

—Señor, la actitud de la muchacha despertó mis sospechas y quise averiguar lo que se proponía.

El general David Reynolds, director del Departamento de Operaciones Espaciales Terráqueas, debía contar aproximadamente unos sesenta años de edad. De mediana estatura, macizo, largos cabellos blancos que cubrían por completo sus orejas, facciones grandes y sobrias en las que la benevolencia se mutaba con rapidez por la indignación e incluso la dureza intransigente.

Siguió reprendiendo a su subordinado con suave energía.

—Usted sabe tan bien como yo que esa pueril explicación no puede justificar el que se salte las ordenanzas a la torera poniendo en peligro su propia integridad física y la material de la nave. Preparar a un hombre como usted para que salga al espacio con las debidas garantías significa un cargo económico importante para las finanzas de la Confederación… ¡y no digamos nada de la cosmonave! ¿Sabe cuál es mi obligación, comandante?

—No exactamente —repuso Sutherland—, pero me lo imagino. Informar a la superioridad de mi transgresión de las ordenanzas.

—Sí…, pero no lo haré —alzó la diestra en gesto significativo que pretendía desmentir lo que pensaba el cosmonauta—. ¡No, no se crea que es por debilidad! —Pero sí lo era porque David Reynolds le tenía ley al comandante Sutherland—. Es simplemente porque sigo

necesitándole para la misión que se ha iniciado con su viaje a Mercurio. Sólo por eso. Ya pensaré la manera de justificar la presencia de esa chica en la Confederación y el porqué de su venida.

Karl-Heinz, que sabía de la debilidad de su superior hacia él, trató de aprovecharla,

—Mi general, me gustaría interrogar a Nereida con más calma. A bordo de la *Selene XV* no pude hacerlo debidamente.

Ahora sí que Reynolds montó en cólera.

—¡Sutherland! ¡No abuse de mi tolerancia!

—Señor…, ¿qué es lo que he dicho? Se trata de una enemiga de nuestro sistema, de la misma Confederación y de la propia Multiespacial Galáctica del Sistema Solar. Yo creo conocerla, la traje hasta aquí y me ha parecido…

—¡A usted no le ha parecido nada! Se procederá con ella en virtud al reglamento y código que se aplica a los convictos del delito de espionaje. Olvídese de ese asunto. La tal Nereida ya no existe para usted, ¿está claro?

—Como el planeta Marte en una noche de luna llena.

—¡Sin ironías, comandante Sutherland!

—Sin ironías, general Reynolds. Lo he dicho con todos mis respetos.

—Usted sigue integrado en la misión *Año Luz* —anunció el director del Departamento de Operaciones Espaciales Terráqueas. Puntualizando—: Le espera una complicada y difícil papeleta que realizar para la cual no tengo a nadie mejor preparado que usted.

—¿Puedo saber cuál, señor? —se interesó Karl-Heinz.

—Un viaje a Distante.

El cosmonauta abrió mucho los ojos.

Y dijo, despacio, casi con tono de cautela y alarma:

—A ver si he comprendido bien, mi general; ¿está diciéndome que me enviará a una aventura de 92 billones de kilómetros?

Una extraña sonrisa floreció en los labios del general Reynolds.

—Es un consuelo comprobar con qué facilidad asimila lo que se le insinúa, comandante. Ya le he dicho que no tengo, por el momento, otro mejor que usted.

—Y pronto no lo tendrá. Porque supongo que estoy destinado a perderme en ese misterioso «año luz», ¿no?

—Es algo que no entra en mis cálculos, Sutherland.

Karl-Heinz hizo un gesto burlón.

—¿Debo entender, entonces, que sí entraba en sus cálculos perder las nueve naves desaparecidas en el vacío de ese «año luz»?

Reynolds dio un tremendo puñetazo encima de la mesa.

—¡Comandante Sutherland! —estalló—. Otra impertinencia igual y le formo un consejo de guerra.

—¿Ya quién mandará a Distante?

—¡No siga intentando sacarme de mis casillas porque…! —enmudeció, decidido a no seguir haciéndole el juego al joven y malicioso cosmonauta—. Karl-Heinz Sutherland —anunció—, a su regreso de la próxima misión, usted y yo mantendremos un diálogo muy serio.

—¡Ay!, pero ¿está convencido de que volveré?

—Aunque le parezca imposible y utópico: SI. Y ahora, trasládese al Satélite Relax para pasar la debida inspección y descansar las cuarenta y ocho horas preceptivas. Transcurrido ese lapso, ni un minuto más ni un minuto menos, le espero de nuevo aquí. Y tendrá la ocasión de ser impuesto de algo tan sensacional como ningún ser humano ha imaginado jamás.

—¿Puede hacerme un pequeño anticipo de ese «algo tan sensacional»?

—¡Fuera de mi vista, comandante!

CAPÍTULO IV

EL *buspace* le dejó frente a la terminal cilíndrica que daba acceso al Satélite situado en permanencia a la altura del kilómetro 271 de la ionosfera[1].

Estaba legislado en el código de ordenanzas que todo cosmonauta, al regreso de un viaje espacial, fuese sometido a un exhaustivo y meticuloso reconocimiento médico, disfrutando seguidamente de cuarenta y ocho horas de descanso.

Para facilitar la labor médica y de los propios viajeros del espacio, la unidad de reconocimiento intensivo habíase instalado en la sección B del *Satélite Relax*.

«A hacer de conejito de Indias», se dijo a sí mismo Karl-Heinz mientras enfilaba el largo pasillo cilíndrico de techo bóveda en plástico azulado, despreciando olímpicamente el pasillo adyacente que era de tracción succioeléctrica.

Pensó en Nereida Diercuri. ¿Qué se propondría hacer con ella el general Reynolds? Seguramente y si las explicaciones de la mercuriana no convencían totalmente al directorio militar, sería fusilada.

Genitúbal Iktrón Branitor… ¿Quién sería aquel extraño ser? ¿Plutoniano, realmente? ¿Qué pretendía con sus experimentos como el obrado en Nereida? ¿Para qué había intentado hacerse con la *Selene XV* y llevarla a Plutoniv?

Seguían siendo preguntas sin respuesta… o con respuesta muy lejana y fuera de sus medios.

¡Mierda de pasillo! No se acababa nunca. Le estaba bien por hacerse el listo ignorando la cinta transportadora. ¿No era más sencillo así que… succioeléctrica?

«Si mis milenarios antepasados levantaran la cabeza», musitó.

—¡Eh, chico! Vienes de Mercurio, ¿no?

Eran dos tipos. Uno de ellos, enorme. Debía medir 2,60 m de estatura. El que había hablado precisamente. No debía ser terrestre.

—Sí. ¿Por…?

El gigante respondió:

—Soy de allí.

Quien acompañaba a la mole no hacía más que mirar de un extremo a otro del interminable y cilíndrico corredor.

—¡Ahora! —exclamó.

—¿Se puede saber que os…? —empezó Karl-Heinz al intuir el peligro.

Pero lo intuyó tarde.

El «enorme» le asestó un brutal puñetazo en mitad del rostro, allí donde no le protegía su traje de *fostón*, que lo catapultó atrás dando cinco o seis vueltas sobre sí mismo.

Fue tras Sutherland para pegarle un patadón en la boca. Escupió sangre copiosamente.

—Procura que a Nereida no le suceda nada —dijo el que no intervenía en la paliza.

Karl-Heinz hizo amago de extraer su pistola láser.

El «enorme» le sacudió otra patada en la muñeca y la pistola se deslizó velozmente por el corredor quedando muy lejos del alcance del cosmonauta.

Quiso incorporarse.

Pero el mercuriano, implacable, le incrustó el puño en la garganta. Tuvo la sensación de que se había tragado la nuez. Se asfixiaba porque el aire ya no llegaba con limpieza a los pulmones.

—Con los saludos de mi señor Genitúbal Iktrón Branitor —señaló el «enorme».

En el interior del confundido cerebro de Sutherland el nombre restalló con la fuerza de una explosión termonuclear;

¡GENITÚBAL IKTRÓN BRANITOR!

Otro brutal mazazo dio definitivamente con su cuerpo en el suelo. Antes de perder el conocimiento, escuchó decir al acompañante otra vez;

—Procura que a Nereida no le suceda nada.

Brillaron muchas lucecitas y de súbito se hizo una total, absoluta y densa oscuridad.

* * *

En el cielo al que había sido transportado los ángeles eran mulatos.

Y preciosos.

—De haberlo… sabido —le costaba un enorme esfuerzo mover los labios—, me hubiese… muerto mucho antes.

—No está muerto, comandante. Y no haga esfuerzos, por favor. Permanezca en silencio.

—Eso… es… imposible. Tengo que… familiarizarme… contigo. Tú… y…

—Si no se calla, comandante Sutherland, le inyectaré.

¡Pero qué hermosa era! ¡Qué pedacito de chocolate más bien formado!

Esbelta, curvilínea. De preciosas caderas, magníficas piernas, breve talle y pechos sensualmente erguidos.

En su rostro de bellas y exóticas facciones destacaban poderosamente sus labios gruesos, carnosos, que Karl-Heinz suponía húmedos y cálidos a un tiempo como la misma sexualidad que emanaba de aquel cuerpo perfecto. Y sus enormes pupilas de un negro misterioso que ahora estaban inclinadas sobre él.

La vio retirarse hacia un armario de cristal en cuyo interior habla alacenas repletas de medicamentos e instrumental. Ello le permitió comprobar que la bata, cortita, apenas si cubría la totalidad de sus fabulosos muslos.

Regresó con una cápsula y un vaso de agua.

—Tómesela —dijo, ayudándole a incorporarse—. Dormirá un par de horas y cuando despierte el dolor habrá desaparecido por completo.

—Oiga… —ahora no la tuteaba, quizá impresionado por su tremenda personalidad que casi igualaba la belleza de sus encantos—, ¿cómo se llama?

No respondió.

Quiso insistir, pero la cápsula era de efectos inmediatos porque el sueño invadía poderosamente su mente obligándole a cerrar los párpados.

Otra vez se perdió por los abismos de la oscuridad.

¡Vaya recibimiento que le habían hecho en su planeta!

Fue entonces cuando la preciosa hembra se venció hacia él para besarle la boca.

—Me gustas, canalla —susurró.

Para repetir la operación tras un profundo suspiro.

* * *

La imagen de David Reynolds estaba presente en la pantalla de videoscope que Sutherland tenía en su departamento del *Satélite Relax*.

—Me fío tan poco de usted, comandante, que estoy convencido de que toda esa comedia ha sido prefabricada para que yo le permita interrogar a la muchacha.

—¡Maldita sea! —exclamó Karl-Heinz—. ¿En qué cabeza entra que haya tenido tiempo de preparar ese montaje? ¿No le han informado debidamente de la brutal paliza que me ha propinado ese monstruo?

—Usted es fuerte, Sutherland. Puede aguantar eso y lo que le echen.

—¡El otro insistió por dos veces en que no le sucediera nada a Nereida! Y el que me estaba sacudiendo nombró a Genitúbal Iktrón…, ¡General!

—No hace falta que grite. Tengo buen oído. ¿Qué quiere?

—Tengo que averiguar quién es Genitúbal Iktrón Branitor, ¿no lo comprende?

La imagen ofreció una amplia sonrisa.

—No. Pero para su tranquilidad le informo de que nuestro Servicio de Seguridad Cósmica ha iniciado las investigaciones al respecto.

—¡Pero, general…!

—Que descanse, comandante. Sueñe con los angelitos.

¿Mulatos quizá?

El rostro del director del Departamento de Operaciones Espaciales Terráqueas se esfumó de la pantalla de videoscope.

«Maldito testarudo —masculló Sutherland con mal contenida impotencia—. Si será cab…»

Entró sin llamar a la puerta.

—Hola, comandante. ¿Qué tal se encuentra?

Seguía siendo un pedazo de chocolate exquisitamente contorneado.

—Viéndola, de maravilla. ¿Cómo se llama, preciosa?

—Doctora Armendáriz. ¿Sigue pensando en familiarizar conmigo?

Hizo un gesto de ignorancia.

—No la entiendo, doctora.

—Es lo que me dijo cuando estaba medio *groggy*.

—Pues sabía lo que me decía. Sigo obsesionado con esa idea. ¿Tengo alguna posibilidad?

La bella mulata sonrió abiertamente.

—La tiene… siempre que me prometa comportarse como un ser civilizado.

—¡Civilizadísimo! Prometido, doctora. ¿Cuándo?

—Venga a cenar conmigo. Mi departamento es el 101-J. ¿A las nueve?

—¿No puede ser ahora mismo?

—Todavía no es hora de cenar. Y me falta pasar ocho revisiones de colegas suyos. Le espero a las nueve, comandante Sutherland.

—Llámeme Karl-Heinz.

Salió tan rápida y silenciosamente como había entrado.

«¡Qué mujer, madre mil!», exclamó una y cien veces.

Y desde aquel instante los ojos del cosmonauta no se apartaron de su cronómetro.

CAPÍTULO V

—¿DE dónde eres, doctora? —la intimidad imponía nueva y definitivamente el tuteo.

Iba vestida con una casaca tejida en tela de oro con flecos plateados, cerrada al cuello y ajustadísima a sus formas exuberantes. Una circunferencia bordada sobre el lugar exacto en que sus turgentes pechos dilataban la tela representaba lo que un día se llamase Tierra. Era obsesiva la forma en que la casaca se adhería a su cuerpo llegando a convertirse en una segunda y superpuesta piel. Sus extraordinarias piernas quedaban por entero al desnudo y sus pies de bien trazados deditos se ofrecían descalzos.

Era exquisita.

—Guadalupe Armendáriz —matizó su voz cálida y acariciante—. Del Estado de México.

—Nunca he estado allí. Pero sé que en aquel lugar te debían llamar Lupita, ¿no?

Una dulce sonrisa mostró la doble hilera de sus blanquísimos dientes nacarinos. Quizá parecían más blancos por el contraste de su piel chocolate.

—Sí, Karl-Heinz.

—Qué bien suena mi nombre en tus labios.

—Eres de un romántico innato. Sentimiento llamado a extinguirse con los años. De hecho, cada vez es más escaso el espécimen masculino que canta las alabanzas físicas de la mujer con estilo romanticoide.

—¿Me has invitado para someterme a un estudio psiquiátrico? —Y agregó adelantándose a la respuesta de ella—: Supongo que después me pondrás al otro lado del cristal foto-microscópico, ¿verdad?

Le obsequió otra vez con su luminosa sonrisa.

—Te equivocas. Ha sido una definición muy profesional, lo admito. Pero no acostumbro a traerme el trabajo a casa,

—Pero afortunadamente te traes la belleza de tus encantos. ¿Cómo viniste aquí, Lupita?

—Estudié medicina y psiquiatría. El director de la facultad me aconsejó que me presentara a las oposiciones convocadas por el Departamento de Operaciones Espaciales. Aprobé y aquí me tienes.

—Eres muy joven para haber estudiado tanto. ¿Por qué elegiste la medicina?

—¿Por qué eres tú cosmonauta? Respóndeme que te apasiona y sabrás por qué soy médico.

—¿Y por qué eres tan hermosa? —Karl-Heinz se acercó hacia ella rodeando la mesa circular.

—¿Me ayudas a llevar todo esto a la cocina? —se escapó ella al acoso con habilidad.

—¡Eh…! ¡Oh, sí, claro! Me olvidaba decirte que agradezco la estupenda cena que me has ofrecido. Estoy hasta el gorro de pastillas vitamínicas, de tournedó por vía intramuscular, de pollo sintético y demás porquerías que se comen viajando por el cosmos.

Estaban en la cocina. Guadalupe introdujo los platos y vasos en el turbolavador.

Karl-Heinz la encerró entre sus brazos para buscar la boca de labios gordezuelos. Ella los ofreció sumisa para que pudiera saborearlos comprobando que sí… que eran húmedos y cálidos como la sexualidad misma que emanaba de aquel cuerpo perfecto.

El contacto de aquellos pechos firmes y pétreos contra su torso viril le hizo estremecer de pasión.

La vorágine del deseo enturbiaba la mente del cosmonauta. Ansiaba poseerla.

Seguían besándose cada segundo con mayor vehemencia. Con furia sensual, con necesidad incontenida.

Los dedos de Karl-Heinz, a la espalda, buscaban la pestaña de la cremallera.

—Por favor… —murmuró—. Me has prometido que te portarías civilizadamente.

—¿Y qué hay más civilizado, Lupita —jadeó, alterada la respiración por el largo frenesí que le imprimiera al beso—, que librarte de esta incómoda casaca que ciñe tus cálidos encantos?

—No llevo nada debajo… —se caía por momentos.

—Una licenciada en medicina y psiquiatría no debe llevar nada debajo de la casaca. Es lo establecido. Pero si lo has aclarado para estimularme, ¡te juro que no era necesario! Tu aliento es capaz de fundir las rocas de Marte, los acantilados de Mercurio, las pétreas aristas selenitas y de volverme loco a mí ansiando poseerte.

—Suena bonito… —estaba apretada contra él—. Pero eres un auténtico canalla. Has venido sólo por eso…

—Y por dejar un día de comer porquerías prefabricadas. Aunque, ante el único hecho de contemplar tu dulce belleza y gozar de tus encantos tibios como el aire de Venus…, permanecería en ayunas toda mi existencia.

—¡Romanticoide!

—Un sentimiento llamado a extinguirse, ¿no?

Alzó sus hermosos ojos tan negros y enormes como un misterio inexplicable para clavarlos, sensualmente inquisitiva, con cálida fijeza lúbrica que les proporcionaban un brillo intensísimo, en las pupilas grisáceas del varón.

—El día que un hombre deje de susurrar hermosas y encendidas frases junto al oído de una mujer, el día en que el hombre no envuelva a la hembra en la telaraña tupida de sus ardientes mentiras y no cante su belleza con arrullos alucinantes como una droga… será mejor morir.

La cremallera había descendido.

—No quiero que te mueras, mi linda poetisa. Somos dos románticos perdidos en la era de la luz. Seguiré cantando tu hermosura, sin mentiras, con suaves arrullos, hasta que el cosmos se lleve nuestros cuerpos a los confines perdidos de la más ignorada galaxia…

—¡Karl-Heinz, Karl-Heinz…, ámame! ¡Ámame siempre y no dejes de hacerlo nunca!

Ni en el año 3017 se había podido terminar con *aquello*. Ni se terminaría en toda la eternidad.

CAPÍTULO VI

YA habían transcurrido las cuarenta y ocho horas de preceptuado descanso.

Y las veinticuatro últimas suficientemente intensas como para hacerle olvidar la paliza recibida en el curso de las veinticuatro primeras.

El director del Departamento de Operaciones Espaciales Terráqueas les presentó:

—El profesor Gerald Schellenberg, físico nuclear y avanzado en técnicas espaciales. El comandante Karl-Heinz Sutherland, cosmonauta.

Se estrecharon las manos.

—Es un placer, profesor.

—Lo mismo digo, comandante.

El despacho de David Reynolds era un compendio de anacronismo y futurismo extraordinariamente logrado. Tras su butaca había una biblioteca del estilo 1980 que lucía de maravilla. El mobiliario, en general, procedía de aquella época. A excepción de la mesa que se dividía en dos partes. Una con la extensión y peculiaridades propias de cualquier mesa escritorio del 3000; la otra, de igual área, convertida en el sistema de control de cualquier cosmonave: clavijas, luces, pulsadores electrónicos, fotoestabilizadores de la enorme pantalla de video que se encontraba al fondo de la estancia, elec-tromicros, magnetorreceptor y equipo de transmisión normal y neutrotópica.

De las paredes colgaban lienzos extraños que Peggy, la ayudante de Reynolds, en un momento de debilidad que había tenido al encontrarse entre el colchón de la cama de su aeroapartamento y el cuerpo de Karl-Heinz, le confesó que eran atribuidos a pintores que alcanzaron su cénit en el siglo XX. Tales como Picasso, Dalí, etc.

¿Sería Reynolds un decadente romanticoide y viejo por más señas?

A veces, Sutherland se maravillaba de las estupideces que era capaz de pensar en fracciones de segundo.

—Desde luego —anunció el director del Departamento de Operaciones Espaciales cuando sus interlocutores hubieron tomado asiento frente a él, mirando específicamente a Karl-Heinz Sutherland—, los datos ofrecidos por el respetable Oloko Merckrai confirman nuestros cálculos ya establecidos con anterioridad, pero, desgraciadamente, no aportan nada nuevo.

—Su posición intergaláctica —intervino el profesor Sche-llenberg, hombre de edad muy avanzada, sienes del todo plateadas, escaso cabello blanquecino y ralo, ojos castaños menudos y vivos, facciones bondadosas, cutis demacrado de piel ajada con labios surcados de profundas arrugas lo mismo que las bolsas que pendían bajo sus pupilas —, no cabe duda, favorece más que la nuestra el establecimiento de una cosmoecuación astronómica para concretar con mejor exactitud el punto donde nace ese año luz en la distancia entre nuestro planeta y el ignorado Distante, el vacío sideral donde se han perdido las anteriores cosmonaves. No obstante, tengo la completa certeza de que he hallado la fórmula…

—¡Por favor, Schellenberg! —le atajó el director, suavemente—. Mejor será que no anticipe acontecimientos. Trataremos de seguir un orden cronológico, remontándonos incluso hacia el pasado como usted sabe que hemos previsto, para que el comandante Sutherland pueda seguir más fielmente el hilo del proceso y asimilar él mismo la misión que se le va a encomendar y de la que está parcialmente impuesto… digamos con una exacta conciencia y un objetivo conocimiento de causa.

—Me parece perfecto, señor Reynolds.

Karl-Heinz, hundido en el arcaico y milenario butacón, silencioso, tranquilo, mostraba una expresión vacía y al mismo tiempo irónicamente expectante.

—En principio —anunció el general, tomando de nuevo la palabra —, comandante Sutherland, voy a reproducir en el videoscope la lectura que corresponde a un fragmento de una conversión que tuvo efecto allá por el año 1970 entre el presidente de Estados Unidos, a la sazón Richard Nixon, y un científico alemán, refugiado, que había conseguido escapar de un régimen político que se conoció en el Estado de Alemania con el nombre de nazismo. Este investigador se llamaba Reinhard

Schellenberg…

—¿Antepasado del profesor? —apuntó, interrogante, Karl-Heinz.

—En efecto —cabeceó David Reynolds. Añadiendo—: ¡Ah, profesor! Para dar mayor verosimilitud al diálogo se ha procedido a un montaje de electrocine que no responde, por supuesto, a la autenticidad de las imágenes que entonces se dieron. Se lo aclaro para que no crea ver en la microelectrofilmación el rostro de su predecesor genealógico:

—Entiendo, señor Reynolds —asintió al anciano.

—Vuélvanse hacia el videoscope —dijo el general, accionando dos pulsadores y una clavija de la parte de su mesa convertida en puente de control, al tiempo que sumía la estancia en penumbras.

Gerald Schellenberg y Karl-Heinz Sutherland hicieron girar sus butacas ciento ochenta grados para encararse con la pantalla.

Surgieron las imágenes y se inició el diálogo.

«—Hace apenas una hora que he concluido el diseño y parte técnica del cohete del futuro, señor presidente… ¡El cohete de fotones!

»—¿Ha dicho cohete de fotones, profesor Schellenberg?

»—Exacto, señor presidente. ¿Sabe… o imagina usted el tiempo que tardará en alcanzar la Luna, una vez rebasada la órbita terrestre, mi cohete de fotones, señor Nixon?

»—No. La verdad, no tengo ni idea. Debo confesarle que mis conocimientos al respecto son muy rudimentarios. ¿Cuánto tardará, profesor?

»—Pues, exactamente… UN SEGUNDO Y DOS MIL OCHOCIENTAS DOCE DIEZMILESIMAS

»—¡¡QUEEEEE!! ¿Ha dicho… 1,2812 segundos? ¡Eso es imposible, profesor!

»—Puede que lo parezca, pero yo puedo garantizarle desde este momento que es perfectamente posible.

»—¿Quiere explicarse, profesor?

»—Desde luego, señor. El fotón es un quantum de energía radiante, una partícula elemental de la luz, que al igual que ésta y como un verdadero proyectil material, se propaga a la velocidad de 300.000 kilómetros por segundo. Por tanto y calculando que la distancia media entre la Tierra y la Luna es de 384.365 kilómetros, el cohete de fotones tardará 1,2812 segundos en alcanzar la superficie selenita.

»—¡Estoy estupefacto! Creo que sueño…

»—No, no sueña, señor presidente.

»—Y… ¿Cómo estará formado ese cohete?

»—Todo lo que respecta a la composición y construcción lo tengo minuciosamente registrado en tres microfilmes, pero, no obstante, trataré de resumírselo: el cohete irá impulsado por un componente generador de fotones y unido a una cápsula, la tripulada, que muy bien puede ser del mismo tipo que el “Apolo VIII”, añadiendo a ésta un vehículo para el alunizaje con propulsión también de fotones para el momento en que se desprenda de la cápsula y el cohete. Cuando rebase la órbita de la Luna, cosa que no ofrecerá dificultad alguna dada la gran velocidad del cohete, efectuará un vuelo alrededor del diámetro lunar, moviéndose a una distancia aproximada de 8 kilómetros, para detenerse en seco por medio de un dispositivo de retrofotones y de un estabilizador nuclear que mantendrá la nave inmóvil, momento en que la pequeña cápsula de alunizaje se desprenderá del cuerpo general del cohete de fotones para posarse con toda suavidad, en un perfecto juego de sincronización de fotones y retrofotones, sobre la superficie de la Luna.»

Aquí se terminó la imagen del video y enmudecieron las voces que habían dado lectura al fragmento de una conversación, acaecida, aproximadamente, mil cincuenta años atrás.

Karl-Heinz Sutherland, haciendo girar la butaca para encararse con Reynolds, quiso saber:

—¿Y ese cohete llegó a la Luna en poco más de tres segundos?

—No —negó el general.

—Fallaron los cálculos y proyectos del antepasado del profesor Gerald, claro…

—Tampoco, comándame.

El cosmonauta evidenció su asombro con expresividad.

—¿Entonces…?

—El científico Reinhard Schellenberg murió, en extrañas circunstancias, una hora después de haber hablado con el presidente. Y los tres microfilmes nunca fueron encontrados. Como además la administración del presidente Richard Nixon se fue al garete por una serie de anomalías barajadas con espionaje que recibieron el nombre de *Watergate* y que determinaron la caída del propio presidente, el descubrimiento del cohete de fotones no pasó de ser un puro espejismo. Una verdadera lástima porque hubiera podido ser…

—Reinhard Schellenberg fue asesinado, ¿no? —inquirió de nuevo, cortándole, el cosmonauta.

Reynolds se pellizcó la barbilla.

—Bueno…, para aceptar esa posibilidad como totalmente afirmativa habría que repasar miles de lecturas de la época. Yo, desde mi óptica personal, admito que debieron asesinarle. En fin… —murmuró, dubitativo, evitando seguir incidiendo en aquel pasaje de los hechos—, lo que verdaderamente positivo de todo este asunto estriba en la circunstancia de que la dinastía Schellenberg, brillante linaje de científicos y físicos nucleares a lo largo de casi dos mil años, siguieron investigando en el ingenio inventado por Reinhard que murió con él mismo y con la desaparición de los tres microfilmes donde lo había peliculizado.

—O sea, mi general, que el cohete de fotones vuelve a ser actualidad, ¿no? —intervino Sutherland una vez más.

—Sí…, pero una actualidad concorde al años 3017, a nuestra era. Ha llegado el momento —miró al veterano científico que se había mantenido en prolongado silencio—, profesor Gerald Schellenberg, de que exponga sus argumentos a nuestro cosmonauta. Adelante…

El físico nuclear y avanzando en técnicas espaciales, carraspeó sonoramente. Después, sus ojos cansados, se posaron en la joven figura del Karl-Heinz Sutherland, anunciando:

—Como muy bien ha dicho el general Reynolds, el desaparecido descubrimiento de mi antecesor, más que herencia, se convirtió en un desafío para los Schellenberg que vinieron después. Fue como una tradición que se transmitía de padres a hijos y que la historia familiar hizo llegar hasta mí en su día. El testamento científico que yo recibí era bastante anacrónico y rudimentario por lo cual he necesitado cerca de cincuenta años de estudio e investigación para llegar al cénit de…

—¿Se ha hecho usted con ese cohete, profesor?

—He convertido, la génesis investigadora de mis antepasados en algo mucho más trascendente que aquel cohete de fotones que alcanzó Reinhard. Tengo que significarle, comandante… —precisó el científico con un gesto elocuente—, que las presiones del Departamento de Operaciones Espaciales Terráqueas nacidas en el hecho de esas cosmonaves perdidas en su viaje al planeta Distante, el más cercano a la nuestra de una galaxia hasta hace poco tiempo ignorada y que hemos bautizado con el nombre de Avinzor…, esas presiones, decía, han estimulado mis progresos hasta desembocar en el supuesto éxito que he podido brindarle al Departamento. Ellos confiaban en que mis investigaciones podían desembocar en un descubrimiento que permita

alcanzar Distante salvando ese vacío que conocemos como «año luz» y en el que se han diluido, por así decirlo, nueve cosmonaves. El momento ha llegado, mis resultados en la investigación me permiten asegurar que la próxima nave que salga al cosmos, no sólo se posará en Distante, sino que salvará ese vacío que equivale a la unidad «año luz» en fracciones infinitesimales que no permitirán su desaparición. Es lo que trataba de decirle al principio, cuando el general me ha interrumpido para que siguiéramos el hilo cronológico de las investigaciones que nacieron en 1970 de la mano de mi antepasado Reinhard… ¿Recuerda las palabras que he pronunciado, comandante?

Se mordió el labio inferior, meditativo.

—Lo intentaré —cabeceó—. Usted ha dicho… «*No obstante, tengo la completa certeza de que he hallado la fórmula*»… Han sido ésas sus palabras, ¿no, profesor?

—Exacto, comandante Sutherland —sonrió el anciano científico. Añadiendo—: Que se han completado hace unos instantes con la aseveración de que tengo la completa certeza de haber hallado la fórmula de alcanzar el planeta Distante eludiendo ese bache que nuestras cosmoecuaciones espacioalgebraicas han determinado al equivalente unitario de un año luz.

—¿Puedo saber cómo, profesor Schellenberg?

Una nueva sonrisa en los ajados labios del vejete.

—¡Por supuesto, comandante! —exclamó—. Y es que está obligado a saberlo.

—¿Obligado? —se sorprendió—. ¿Por qué… obligado?

La respuesta partió de la boca del general David Reynolds.

En los siguientes términos:

—Por la sencilla razón de que usted será el comandante jefe de la nave… *que en breve partirá hacia Distante.*

—Eso ya quedó claro hace cuarenta y ocho horas a mi regreso de Mercurio —repuso Sutherland, sin parpadear, sin inmutarse, sin tan siquiera la menor emoción. Puntualizando con sorna—: Quedamos, mi general, en que no tenía a nadie mejor preparado que yo para asumir la misión *Año Luz*; ésas fueron sus palabras, ¿no? Una insólita aventura de 92 billones de kilómetros. No olviden ponerme un par de bastones en la cosmonave porque los necesitaré cuando llegue a Distante. Y digo cuando llegue, porque el profesor Schellenberg parece estar muy seguro de que sí. Profesor… —miró al anciano—, ¿puede calcular los años que tendré al entrar en la órbita de Distante?

Sonrió el anciano, bondadosamente, por tercera vez.

—Sí, creo que sí. ¿Qué edad cuenta ahora?

—Veintiséis años.

—Pues añada a esos veintiséis, unas cinco semanas, comandante.

Ahora sí que se asombró. Ahora sí que desorbitó los ojos. Ahora sí que estuvo a punto de saltar de la butaca. Ahora sí que se quedó con la boca abierta.

Tardó más de un minuto en reaccionar. Y lo hizo torpemente.

—¡Qué…! ¿Cómo…? Sé…, sé que vivo en un mundo y en un cosmos de locos y que el primero soy yo, pero… ¿Ha querido decir, profesor, que tardaré cinco semanas, CINCO SEMANAS, en recorrer 92 billones de kilómetros?

Cabeceó contundente y afirmativo.

—Exactamente, comandante. Eso he querido decir. Es más: SE LO ASEGURO.

—Profesor, con todos mis respetos… no sé si es usted un auténtico privilegiado en técnicas espaciales, o un loco. Por mi bien y el de todos, prefiero creer lo primero.

—Créalo, comandante —dijo el anciano, con un tono de convicción contagioso.

—¿Me puede desvelar el enigma, profesor Schellenberg?

—Por supuesto. —Un leve carraspeo, y—: Su cosmofotonave viajará encima de un rayo de luz generado desde un satélite situado 50 espaciales fuera de la órbita terrestre. Ese rayo se descompondrá a través de un amplio espectro que obrará a manera de refractor de energía neutrotópica y estará alimentado intensamente a través de los satélites interespaciales ya dispuestos al efecto. Cómo es lógico el que no podamos establecer una carrera interespacial de satélites hasta Distante, se unirá a la energía despedida por el reproyector espectral del último la fuente de radiación fotosférica del Sol. Concretando, comandante: a través de ese pasillo formado por el rayo de luz su cosmofotonave viajará con impulsos fotónicos a una velocidad que multiplica por 9,3 la unidad año luz[2]. De ahí que pueda garantizarle que usted se posará en la órbita de Distante cinco semanas después de haber dejado atrás la órbita de la Confederación de Estados Terrestres.

Karl-Heinz Sutherland se quedó bastante perplejo. Y puede que incluso bastante escéptico también. Sí —debió pensar para adentros—, no cabía la menor duda de que aquel venerable vejete era un superadelantado en técnicas espaciales.

Musitó, despacio, con evidente admiración:

—Si usted lo dice, profesor, tiene que ser forzosamente la verdad.

—Lo es, comandante. No le quepa la más ligera duda. De todas formas, comprendo su sorpresa y desconcierto. Al principio, yo mismo… estaba sorprendido de mi propio atrevimiento.

—¿Cuándo se efectuará el lanzamiento? —se interesó por saber el cosmonauta.

—*Su Schellenberg I* —fue el general Reynolds quien respondió—, abandonará este plácido astro dentro de setenta y dos horas.

Sutherland salió proyectado hacia arriba, sin energía año luz, sin espectro, sin refractor de energía… sólo con el impulso de su trasero.

—¡Eso es absurdo! No hay tiempo material de…

—Tranquilo, comandante, tranquilo. No se subestime y recuerde que… *no tengo otro de mejor preparado que usted*. En su lugar, yo me sentiría rabiosamente orgulloso…

—Pues mire por dónde, yo me siento rabiosamente cabreado… con perdón, mi general ¿Vamos Perfectrum y un servidor, solitos?

—Eso sí que sería absurdo. ¿Cómo voy a permitir que se aburra con su electrohumanoide durante cinco semanas consecutivas? Llevará bajo sus órdenes una tripulación compuesta por 12 personas… —De uno de los cajones de su mesa extrajo un papel doblado por la mitad que entregó al cosmonauta, añadiendo—: Aquí tiene la lista de los tripulantes con nombres y cargos. ¡Ah!, dispone de tres preciosas damas por si surgen problemas con el frigorífico, la cocina o el lavaplatos.

—¿Y para qué puñetas quiero tres mujeres a bordo?

—Dígaselo a ellas mañana cuando le sean presentadas. ¡Ah!, obvio que de este despacho se va directamente a la unidad de cuidados médicos intensivos.

—Acabo de pasar un reconocimiento hace apenas veinticuatro horas —objetó Sutherland.

—Las ordenanzas son las ordenanzas, comandante —respondió Reynolds con burlona filosofía—. Y ahora, si nos lo permite, el profesor y yo tenemos que hablar. Charles Lansbury, mi segundo de a bordo, se encargará mañana de presentarle a sus compañeros de viaje. Nos veremos, Sutherland.

Salió, tras estrechar la mano de Gerald Schellenberg.

Bastante cabreado, sí.

CAPÍTULO VII

DIO un manotazo en el aire.

—Repito… ¿para qué puñetas quiero yo tres mujeres a bordo? Si al menos una de ellas fueses tú, todo cambiaría.

Lo miró con intensidad. Con toda la intensidad que eran capaces de emitir aquellos enormes ojazos, negros como una galaxia misteriosa.

—Una de ellas… soy yo, Karl-Heinz.

Las grisáceas pupilas del hombre recibieron las radiaciones de una energía cegadora.

Todo su ser se vivificó por segundos lo mismo que si recibiese la energía año luz que debía proyectar su cosmofotonave.

Pero se apagó de inmediato en la inmensidad del cosmos, la hubiese succionado brutalmente.

—Una broma de muy mal gusto, Lupita.

—No es una broma. Y me duele que dudes de mi palabra, Karl-Heinz. Hacía falta un médico en el equipo de tripulantes, que se hubiese preparado anteriormente como astronauta y que poseyera al mismo tiempo nociones de física…

—¡Eh…! ¡Un momento! —exclamó el comandante.

Y extrajo la lista que Reynolds le entregara poco antes, desdoblándola. Y leyó:

CONFEDERACION DE ESTADOS TERRESTRES

3017/Nvbre. Ord/n/4567

DEPARTAMENTO DE OPERACIONES TERRÁQUEAS

Operación/Año Luz

TRIPULACION DE LA COSMOFOTONAVE
«SCHELLENBERG I»

Nombre y apellidos Cargo

Karl-Heinz Sutherland *Comandante en jefe operación*
Perfectrum *Robot electrohumanoide*
Pierre Branico *Ingeniero técnico de vuelo*
Iván Cherkasov *Id— 1 «. auxiliar*
Nikel Do Santos *Id. 2.° auxiliar*
Guadalupe Armendáriz *Doc. en medicina y psiquiatría*
Farenc González *Jefe de mantenimiento*
Suzannah Neville *1.º auxiliar*
Robert Down *2.º auxiliar*
Sean Foxworth *Téc. en evaluaciones espaciales*
Donald Pleasence *Físico nuclear*
Klaus von Rosenberg *Técnico 1.° en controles*
Sydney Keaton T *Técnico 2.° en controles*
Anjanette Shaw *Técnico en lecturas cósmicas*

—¡Es maravilloso! —exclamó de nuevo Sutherland, con enorme alegría, doblando la hoja y guardándola en el bolsillo superior—. ¡Maravilloso! ¡Tú conmigo en la *Schellenberg I*! Ese Reynolds es un artista…

—Ahora ya sabes para qué puñetas necesitas mujeres a bordo, ¿cierto?

—¡Sois maravillosas!

—Soy *maravillosa, SOY, comandante* —remarcó ella con palmaria intención. Agregando—: Mucho ojito, conquistador del cosmosfemenino —la doctora Armendáriz se puso fingidamente seria componiendo una expresión de intransigencia al respecto—, mucho cuidado… porque no consiento compartir con nadie lo que considero mío. Las demás sólo tienen que preocuparse en el aspecto exclusivamente profesional, ¿está claro, comandante Sutherland?

—*Okay*, doctora Armendáriz. ¿Sabe usted que enfadada y celosa está

mucho más bonita que de costumbre?

Hubo beso.

Sin saber cómo ni por qué razón, en un momento dulce y romanticoide como aquél, un nombre se abrió paso, con fuerza, por entre las células y neuronas del cerebro del comandante: GENITÚBAL IKTRÓN BRANITOR.

Dijo, de súbito, tras la ardiente efusión, rota por la violencia con que aquel nombre acababa de atronar en su mente:

—Quiero decirte algo, Lupita. ¿Estás enterada al punto de la misión de la Schellenberg I?

—Sí, toda la tripulación, excepto tú, hemos estado reunidos con Charles Lansbury.

—Voy a desviar la trayectoria para detenernos en Plutón. Debo hablar con el emperador Ontkean Vlon.

Se sorprendió enormemente.

—¡Qué dices, Karl-Heinz! ¿Por qué? Tú no puedes hacer eso… ¡Te expones a ser fusilado al regreso!

—Si regresamos, claro. ¿Has oído hablar alguna vez de Genitúbal Iktrón Branitor?

—Nunca. ¿Quién es?

—¡Ojalá lo supiera! Ese hombre es el motivo por el cual me voy a desviar hacia Plutón. ¡Ya lo sé —exclamó, viendo el asombro y la sorpresa que seguía dibujándose en el exótico rostro de Guadalupe—, ya sé que no lo comprendes! Verás, cuando regresaba de Mercurio a bordo de mi cosmonave *Selene XV*…

Le refirió la aventura vivida con Nereida y el motivo de la paliza que les había llevado a conocerse, cuyos efectos ella misma pudo comprobar y ayudó a mitigar.

—Sigo pensando que no debes hacer eso.

—Tengo una corazonada, Guadalupe.

—¿Cuál?

—Algo muy dentro de mí me dice que ese vacío «año luz» en el que se han perdido nueve cosmonaves y Genitúbal Iktrón, están íntimamente vinculados.

—Estás obsesionado, Karl-Heinz… ¡reconócelo!

—Puede que tengas razón, Lupita. Pero nadie me hará cambiar de opinión.

—¿Ni yo? —inquirió, con un hálito de esperanza.

—En ese aspecto, ni tú.

—Bien —se resignó—, en tal caso, me acabo de convertir en tu cómplice. Porque mi obligación sería, y tú lo sabes, la de informar a David Reynolds de lo…

Volvió a besarla.

—¿Puedo pasar esta noche con mi cómplice?

—Puedes. En la cama es donde más fielmente me siento tu cómplice. ¡Canalla!

* * *

Charles Lansbury, subdirector del Departamento de Operaciones Espaciales Terráqueas —segundo de a bordo de Reynolds, como este mismo le dijera a Sutherland, aunque el cosmonauta ya conocía sobradamente a Lansbury—, presentó la tripulación de la *Schellenberg I* a su comandante.

Los saludos, estrechamiento de manos y abrazos de rigor, los votos habituales por el éxito de la misión y Lansbury interrumpiendo la euforia del momento para requerir la presencia de Karl-Heinz, Pierre Branico, ingeniero técnico de vuelo y Anjanette Shaw, técnico en lecturas cósmicas, para que se reuniesen de inmediato con el profesor, científico, físico nuclear y avanzado en técnicas espaciales, Gerald Schellenberg.

Los cuatro se encerraron en una estancia que tenía todas las características de un observatorio astronómico.

—El sistema de lanzamiento no va a diferir en nada —explicó el profesor— del que se ha venido siguiendo hasta ahora para la puesta en órbita de satélites artificiales.

—¿Por qué no salimos al espacio con la fuerza de cualquier cosmonave? —quiso saber Sutherland.

—Porque lo que se trata de evitar, precisamente, es que la *Schellenberg I* alcance más velocidad de la que en principio necesita. Tenga en cuenta, comandante, que la cosmofotonave no empezará a recibir los impulsos del rayo de luz descompuesto a través del espectro refractor de energía neutrotópica hasta que se halle situado en la elíptica orbital del satélite que al efecto se ha preparado y que, como sabe, será el primero de la carrera o pasillo. Si salen ustedes a una velocidad superior rebasarán la órbita de ese satélite.

—Entendido, profesor.

—¿De cuántas fases constará el lanzamiento? —inquirió Pierre Branico, ingeniero técnico de vuelo.

—De dos, discontinuas. La primera les dejará en una órbita relativamente cercana a la de la Confederación y desde allí serán relanzados por cinco cohetes propulsores hasta alcanzar una longitud intermedia entre el apogeo y perigeo del satélite generador del rayo luz, momento en que se situarán sobre éste tras el movimiento de estabilización giroscópica. A partir de ese instante y en una fracción de tiempo entre los quince y treinta segundos, usted, señor Branico, se encargará de que la cosmofotonave admita por las toberas de popa todo el abanico de energía luz que los proyectará a la velocidad establecida de 9,461.10/12 × 9,3. Ya hemos hablado usted y yo, y ahora debe saberlo el comandante, que sólo en caso de auténtica emergencia y tras las previas lecturas cósmicas… ¿está en el asunto, señorita Shaw?

—Sí, profesor —respondió la bella muchacha.

—Bien —cabeceó el científico—, como decía, sólo en extremas circunstancias y tras adoptar las medidas que ya saben ustedes y que constan en las instrucciones de vuelo… sólo así, se podrá alterar el rumbo o trayectoria de la *Schellenberg I*. Y ahora… —el científico accionó dos pulsadores de los varios que surgían en el panel de mandos de su mesa de control, apareciendo en la pantalla gigante de video que ocupaba la pared frontal de la estancia, los planos parciales de la cosmofotonave—, estoy dispuesto a atender sus preguntas y aclarar sus dudas. Pueden empezar cuando quieran.

Hubo varias preguntas y bastantes dudas.

Para los que actuaban como alumnos no todo quedó clarificado pero sí lo suficiente como para atreverse a emprender la misión *Año Luz*. La aventura en la que anteriormente se habían perdido nueve cosmonaves.

Cinco horas después abandonaban la estancia.

CAPÍTULO VIII

TRAS la primera fase del lanzamiento que se había efectuado sin la menor novedad, todos seguían en sus puestos, tensos y atentos.

—Fase de relanzamiento, comandante —anunció Pierre Branico.

—Nos encontramos a 30 espaciales por encima de la órbita terrestre —elijo Anjanette Shaw,

Silencio absoluto a continuación.

Hasta ellos ya no llegó ahora la tremenda sacudida y el ensordecedor estruendo de los cinco cohetes propulsores que cumplían la fase de relanzamiento que los proyectaba en vertical por el espacio en busca de la órbita del satélite generador.

—Estamos en velocidad horizontal, comandante —explicó Branico.

—Hemos salido a 50 espaciales —se oyó de nuevo la voz de Anjanette.

—Proceda con las toberas de admisión de energía.

—¡Veintiséis segundos! —exclamó Sean Foxworth, técnico en evaluaciones.

—¡Toberas de popa abiertas! —era Suzannah Neville, primer auxiliar de mantenimiento.

—¡Estamos recibiendo el abanico de energía luz!

—¿En qué proporción se multiplica por 9,3 la velocidad año luz, señor Foxworth? —preguntó Sutherland.

—En una proporción de… 0,675 por minuto.

—¿Puede estabilizar esa proporción sin que la velocidad aumente, señor Branico?

—No le comprendo, comandante.

Karl-Heinz se irritó visiblemente, alzando la cabeza de su puesto de

mando.

—¡No le he pedido que me comprenda! ¿Puede estabilizar esa proporción?

—Puedo —respondió el otro con sequedad.

—¡Hágalo! Estabilice nuestra velocidad en una proporción de 0,675.

—¡Estabilizada!

—¡Señorita Shaw! —exclamó Sutherland.

—¿Sí, comandante?

—Páseme una lectura completa del planeta Plutón.

—Se la remito a la pantalla interior de video, comandante. La lectura fue apareciendo tal como había indicado Anjanette Shaw.

Karl-Heinz Sutherland fue constatando los datos que iban surgiendo rítmicamente, como escritos por una veloz compostura fotónica. Eran éstos:

DATOS NUMERICOS PRINCIPALES DE PLUTON

Duración de la revolución sideral: 249 años, 21 días

Sinódica: 366,22

Elementos de la órbita:

semieje mayor: 39,6
inclinación: 17° 7’

Diámetro medio aparente: 0”, 23
Diámetro ecuatorial: 5.900 kilómetros
Velocidad giro al Sol: 5.913 millones kilómetros
Velocidad orbital: 5 kilómetros por segundo
Distancia al Sol:

máxima: 49,55 millones/km
mínima: 29,55 millones/km

Distancia Confederación:

máxima: 50,55 millones/km
mínima: 28,55 millones/km

—Hay una rectificación en la lectura según la computadora de

experiencia interespacial, comandante —matizó Anjanette Shaw.

—¿A qué se refiere, señorita?

—A la distancia entre Plutón y la Confederación de Estados Terrestres. Se la paso.

Aparecieron las cifras en la pantalla interior de video de la que había un reflejo subdivisorio en la fase de mandos de Sutherland.

Distancia Confederación a Plutón:

máxima (apogeo): 7.529 millones/km
mínima (perigeo): 4.287 millones/km

—¿A qué es debida la corrección, señorita Shaw?

—A que Plutón, último planeta del Sistema Solar descubierto… ello sucedió en la era XX, año 1930, y único que no pertenece a la Multiespacial Galáctica del Sistema, ha sido durante cientos de años susceptible de modificaciones por la duda astronómica existente en sus elementos. Al pulsar los mandos se ha interpuesto la penúltima lectura. La que acabo de remitirle es la correcta.

—Bien, gracias. Señor Branico…

—¿Sí, comandante?

—Seguimos estabilizados en proporción 0,675, supongo.

—Seguimos. Y ello retrasa los números de distancia preconcebidos en la operación.

—¿Es necesario que le recuerde quién manda a bordo de la *Schellenberg I*, señor Branico?

—No lo es, comandante.

—Señorita Shaw, remita al señor Branico, lectura completa de Plutón. Y usted, Branico, avíseme cuando la tenga.

—¡Llaman desde el observatorio de Florida, comandante! —anunció el primer auxiliar de vuelo, Iván Cherkasov—. Creo que es el general Reynolds en persona.

Guadalupe Armendáriz, que después de la fase de relanzamiento se había situado junto a Sutherland, le susurró:

—Querrá saber por qué has estabilizado la velocidad en proporción 0,675.

—¡Que se vaya a la mierda! —masculló, con nerviosismo y malhumor. Y dirigiéndose al técnico primero en controles, dijo—: Señor Von Rosenberg, establezca a una barrera parasitaria de interferencias…

¡bloquee cualquier tipo de enlace con la Confederación!

—Pero…

—¡Haga lo que le digo, Von Rosenberg!

—¡A la orden, comandante! Barrera parasitaria establecida. Quedamos incomunicados con la Confederación.

—Estás obsesionado por Genitúbal Iktrón, Karl-Heinz —insistió en su oído la bella doctora—. Trata de razonar, te lo suplico. Ese ente extraño se convertirá en tu ruina.

—Por favor, Lupita, no es el momento para consejos. Sé lo que tengo que hacer… *y lo voy a hacer consciente de las consecuencias y hasta la última de esas consecuencias.*

Pierre Branico, que por la proximidad de su puesto en el puente de mando a la del comandante había captado retazos de la conversación entre éste y Guadalupe, murmuró a sus ayudantes:

—La altura le ha sentado fatal. Ese tipo se ha vuelto rematadamente loco. —Y elevando el tono de voz, anunció—: Tengo la lectura completa de Plutón, comandante.

—Pues dispóngase a alterar nuestra ruta espacial desviando uno de los fragmentos del rayo de luz que a través del espectro admitimos por las toberas de ropa, hacia la órbita de Plutón. Compondremos nuestro propio rayo de viaje.,

—¡Eso nos alejará de la carrera interespacial de satélites y perderemos parcialmente energía!

—Usted lo ha dicho, Pierre: PARCIALMENTE. Pero no total. Y esa energía parcial turboproyectada por las toberas de proa nos llevará, con la debida corrección, a la órbita plutoniana. Mantendremos una proporción media de 0,9638 con respecto al incremento de 9,3 por velocidad año que teóricamente deberíamos seguir. Una vez salgamos de Plutón regresando a la trayectoria inicial del rayo luz, que entonces ya estará alimentada por la radiación fotosférica del Sol, nos ceñiremos al rumbo y velocidad inicialmente establecidos.

—La turboproyección de la energía a través de nuestras toberas de proa puede alterar el sistema de la nave, comandante —intervino Farenc González, jefe de mantenimiento.

—¿Hay algo computado al respecto, señor González?

Fue Perfectrum quien se adelantó en la respuesta:

—Negativo.

—Su electrohumanoide lo ha dicho, comandante.

—Entonces, su comentario, no pasa de ser una tontería muy

subjetiva, ¿cierto, señor González?

—Con un margen del 0,31 por ciento de que pase a ser realidad.

—Tengo un 0,69 por ciento a mi favor y eso me basta —dijo, estallando de súbito—: ¡Atención todos los tripulantes de la *Schellenberg I*, atención todos! A partir de este instante se limitarán sin la menor excepción, SIN LA MENOR EXCEPCION, a obedecer las órdenes que se den desde esta comandancia. Pueden ahorrarse los comentarios y sugerencias. Sólo serán válidas las objeciones computadas, las lecturas o evaluaciones. Espero no tener que repetirlo.

—Estamos procediendo a modificar la órbita, comandante —anunció Branico.

—Señorita Shaw, pase al monitor del señor Foxworth la lectura de Plutón.

—¡Al instante!

—Recibida la lectura, comandante.

—De acuerdo con los datos y a una velocidad de proporción media de 0,9638, ¿cuánto tardaremos en alcanzar la órbita plutoniana?

—97,03 horas aproximadamente, comandante.

—¡Hemos trazado el rayo luz propio en dirección a la órbita plutoniana! —anunció Pierre Branico.

—¿Se resiente el sistema de la nave, señor González?

—No por el momento, comandante.

—Ya hemos abandonado por completo el rayo luz de la carrera interespacial de satélites, comandante —habló de nuevo Pierre Branico —. Avanzamos en dirección a Plutón.

—Velocidad estabilizada a proporción 0,9638, señor —informó Sean Foxworth, añadiendo—: Distancia intermedia 6,327. Previsión de entrada en órbita plutoniana 96,21 horas.

—Tome usted el mando, señor Branico. Descansaré unas horas. No olvide comunicarme la más insignificante novedad.

—De acuerdo, comandante. He asumido el mando. Karl-Heinz Sutherland abandonó el puente sin pronunciar más palabras. Guadalupe Armendáriz fue tras él.

* * *

Abajo, en la Confederación de Estados Terrestres, y más concretamente en el observatorio cosmoastronómico de Florida, había nerviosismo, incertidumbre y comentarios para todos los gustos.

Por parte del general David Reynolds sólo había INDIGNACION.

Y en lo tocante al profesor Gerald Schellenberg, RESIGNACION.

Fijos los ojos en la pantalla, enrojecidos por la ira, crispados los puños y hosca la expresión, el director del Departamento de Operaciones Espaciales Terrestres, estalló:

—¡Juro que lo hundiré por los restos, maldita sea! ¡Lo hundiré! ¡Mayerling! ¿Cuál es el satélite penal a mayor distancia que tenemos?

—Déjese de manifestar su ira y su infantil frustración, general —intervino bondadosamente el científico.

—¿Para oficiales, mi general?

—¡Déjese, Mayerling! ¿Y puede saberse dónde está Charles Lansbury?

—Desde antes de iniciarse la cuenta atrás que no lo he visto, mi general —repuso Percival Mayerling.

—Bien… —musitó—, ¡siga buscándolo! ¿Qué decía usted de rabietas y frustraciones, profesor?

—Deben ser los años, general. Debe ser por eso que acepto las contrariedades…

—¡Qué años ni qué niño muerto! —se desesperó Reynolds, más congestionado todavía—. Ese loco ha estabilizado primero la velocidad en una proporción a la establecida de 0,675…, luego abandona la trayectoria del rayo luz y viaja en una proporción 0,9638 fuera de la órbita… ¡viaja hacia el planeta Plutón y yo sé por qué!

—Sus razones tendrá, ¿no cree?

—¿Supone que existen razones para mixtificar una operación como ésta, profesor? Me comunicaré con Plutón y haré que lo encarcelen allí mismo hasta que yo personalmente suba por él…

—Recuerde, general, que ése es el único planeta que no pertenece a la Multiespacial Galáctica del Sistema Solar —razonó el físico nuclear y avanzado en técnicas espaciales. Puntualizando—: Yo, en su lugar, y perdone que trate de influenciar sus decisiones, dejaría que Karl-Heinz Sutherland… —sonrió sonoramente como si acabasen de contarle algo muy gracioso. Rectificando—: Estoy hablando como si pudiéramos intervenir o dejar de hacerlo en las decisiones que allá arriba está tomando nuestro cosmonauta. Resignémonos, Reynolds, y esperemos a ver cómo termina todo. Algo en mi interior me está diciendo que Sutherland sabe muy bien lo que hace. Ese hombre no está loco ni mucho menos. Paciencia, y a esperar.

—Encima, el muy cabri… ¡encima bloquea las comunicaciones

estableciendo una barrera parasitaria de interferencias! ¿Paciencia? ¡Le retorceré el gaznate con mis propias manos! ¡Con mis manos, si! ¡Será el placer más sublime que jamás haya experimentado!

Gerald Schellenberg le golpeó los hombros suave y amistosamente.

—Está derrochando adrenalina, está forzando la válvula mitral, activando el endurecimiento de las arterias en cuanto se reduzca la secreción de adrenalina, y acabará usted con un infarto. ¿Por qué no toma ejemplo de mí?

En aquel momento, el científico, le resultaba cargante. Se alejó con un gesto de momentánea despedida procurando no ofenderle pese a todo.

—¡Mayerling! ¿Dónde narices está Lansbury?

—Señor, le estoy buscando…, pero no aparece.

—¡Pues píntelo, coña!

* * *

Llevaban exactamente sesenta y dos horas de vuelo espacial.

Justo cuando Lupe Armendáriz emitió aquel prolongado y ronco gemido de placer explotando con toda la ardiente densidad de su fogoso clímax sensual contra el torso masculino, venciéndose contra el hombre, aplastándose, queriendo fundirse dentro de él.

Después un ahogado aullido de satisfacción y por último un profundo período de silencio.

Minutos más tarde abandonó la litera empezando a enfundarse su impedimenta espacial de a bordo.

—No me parece justo gozar así, consciente del enrarecimiento que reina en la nave.

—¿Tiene eso que ver con tus sentimientos personales? —inquirió él, desperezándose.

—En cierto modo… sí —afirmó; puntualizando—: Además, no me permite alcanzar el cénit de la felicidad todo lo intensamente que desearía.

Iba Karl-Heinz a decir algo cuando llegó hasta el interior del compartimento a través del servicio de intercomunicaciones de estereofonía, aquella exclamación;

—¡Emergencia, emergencia! ¡Situación de alerta! Tenemos dos objetos en pantalla.

Sutherland saltó violentamente del lecho para acercarse al servicio

de comunicaciones y abrir el canal de salida.

—¿Qué clase de objetos, señor Von Rosenberg?

—Naves espaciales no identificadas.

—¡Proceda a las lecturas, señorita Shaw!

—Lo está haciendo Perfectrum, comandante. Se las paso de inmediato.

—¡Voy hacia el puente de mando! Pásemelas al video interior.

Momentos después ocupaba su puesto. Se le ofreció la lectura en pantalla amenizada con la voz metálica del electrohumanoide:

—Naves piratas de la Organización Ezkar. Parecen proceder de la órbita de Júpiter sin que esta impresión esté computada. Son de carácter eminentemente bélico, lectura sí computada.

—¿Velocidad y rumbo, Vorv Rosenberg?

—5.850 km/hora con relación a la nuestra. Viajan en dirección a nosotros.

—¿Distancia actual?

—250 espaciales. Pero están aumentando la velocidad a 6.000 km/hora.

—¡Alerta roja! —vibró Sutherland—. ¡Atención, señor Branico! ¡Y usted también, señor González!

—A la escucha, comandante —dijo Pierre Branico.

—Espero instrucciones, señor —dijo Farenc González.

—Como no podemos permitir que la *Schellenberg I* resulte dañada en lo más mínimo, vamos a disponer una estrategia de ataque —anunció el comandante, interrumpiéndose para preguntar—: ¿Tiempo de confluencia de nuestras órbitas, señor Von Rosenberg?

—36,5 minutos, señor.

—Bien. Branico, velocidad al mínimo y alteración de ruta para iniciar un giro alrededor de nuestro propio eje. González, prepare lanzamiento de una nebulosa de camuflaje que proteja la trayectoria de la nave. Señorita Newill, disponga el lanzamiento de un cohete de cabeza vibratoria de explosión acústica. Trataremos de distraer su atención con el cohete y si se acercan hacia él lo suficiente al perder nuestra visibilidad saltarán hechos pedazos cuando el contacto haga estallar la onda vibratoria.

—¿Y si no muerden el anzuelo, comandante? —se interesó Branico.

—Lo tengo en cuenta, Pierre —admitió. Agregando—: Señorita Newill, tras el lanzamiento proceda a preparar un mo-noturboproyector

con tubos para lanzamiento de torpedos nucleares: voy a salir al espacio. Si el cohete de cabeza vibratoria no da resultado les atacaré por sorpresa.

—¡Se reflejará en sus pantallas la salida del vehículo, comandarme! —exclamó nerviosamente Anjanette Shaw.

—Lo sé, señorita Shaw, pero debo correr el riesgo. Cualquier cosa, antes de que la cosmofotonave resulte dañada.

—¡Cohete de cabeza vibratoria lanzado, señor!

—Bien. Controle su rumbo y velocidad, Suzannah. Señor Down —se refería al segundo auxiliar de mantenimiento—, prepare la escotilla de lanzamiento.

—¡Preparada, comandante! —le respondió a los pocos segundos.

—Monoturboproyector dispuesto, señor —anunció la voz de Suzannah Neville.

—¿Todo bajo control, señor Branico?

—Sí, comandante. Estamos girando sobre nuestro eje protegidos por la nebulosa de camuflaje.

—Dispóngalo todo para mi lanzamiento, señor González. Paso a la base de proa.

—Todo dispuesto, señor. Su traje especial de superficie preparado.

Branico les dijo a sus auxiliares:

—Sigo opinando que está totalmente loco, pero tengo que admitir que es osado y valiente… —y elevando el tono antes de que Sutherland abandonase el puente de mando, exclamó—: ¡Comandante!

—¿Sí, señor Branico?

—Solicito permiso para acompañarle.

—Creí que usted y yo no estábamos de acuerdo…

—Y sigo sin estarlo, señor. Pero de eso a consentir que salga solo al espacio media un abismo de diferencia.

—Gracias, Pierre. Pero la *Schellenberg I* no puede quedarse al mismo tiempo sin comandante e ingeniero técnico de vuelo.

—Iván Cherkasov y Nikel Do Santos están perfectamente preparados para todo lo que les *echen*, señor. Insisto en que me deje acompañarle.

Karl-Heinz dudó unos instantes.

—¡Están a 175 espaciales de distancia!

La voz de Rosenberg le sacó de su momentánea abstracción. Anunció:

—Permiso concedido, señor Branico.

Un par de minutos después se encontraban en la escotilla de lanzamiento enfundándose los equipos espaciales de superficie.

Ocupaban su respectiva plaza en los monoturboproyectores cuando por el sistema de intercomunicación que había dentro de las escalinatas escucharon el registro de Klaus von Rosenberg que informaba:

—La nave pirata que viaja en cabeza ha rectificado su rumbo al captar la presencia del cohete de cabeza vibratorio.

La segunda sigue interesada en localizar nuestra posición. Es evidente que están confundidos al haber perdido en sus pantallas la situación de la *Schellenberg I*.

—Parece que el ardid funciona, Branico.

—Por el momento, comandante.

—Señor González…, listo para el lanzamiento de los monoturboproyectores.

—Listo, señor.

—¿Preparado, Pierre?

—Dispuesto, comandante.

—¡Ahora, Gonzáles! ¡Fuera!

Saltaron al cosmos como verdaderas exhalaciones siguiendo la misma ruta, inicialmente, que el cohete de cabeza vibratoria.

—Tenemos una autonomía de dos horas, comandante. Es preciso no desperdiciar energía.

—Podemos ser teletransportados en caso de emergencia, ¿no?

—Siempre que la distancia no exceda del radio de teletransporte, señor.

—Bien. Vamos a separarnos por los flancos del cohete. Nos mantendremos a una distancia media de 5 espaciales.

—De acuerdo. ¡Buena suerte, comandante!

—¡Lo mismo digo, Pierre!

El espectáculo al que nadie tenía acceso era sencillamente extraordinario y al mismo tiempo estremecedor. Una serie de objetos se movía en el del universo buscando destruirse mutuamente y no ser alcanzados al mismo tiempo.

—¡La primera nave se está acercando al cohete, comandante!

—Lo veo, Pierre. Se encuentra casi encima de mí. Seguro que los puntos que nuestros monoturboproyectores reflejan en sus pantallas los confunden con partículas de meteoritos.

—Lo más probable, señor. De lo contrario, habrían empezado a

ocuparse de nosotros… ¡Eh, qué es eso! ¿Se han vuelto locos? ¡La primera nave se acerca peligrosamente al cohete, comandante!

—¡Es cierto, Branico! ¡Retrocedamos inmediatamente! ¡Está entrando en el campo acústico del cohete y estallarán ambos de un momento a otro! ¡Atrás! ¡Atrás rápidamente, Pierre! ¡Fuerce las turbinas aunque nos quedemos sin energía! Yo ya estoy retrocediendo a velocidad máxima.

De manera incomprensible Pierre Branico se entretuvo en la maniobra. Sutherland lanzó un sonoro aullido que se confundió dentro de su pequeño vehículo espacial con el estallido del cohete de cabeza vibratoria cuando éste, al entrar en contacto la nave pirata con su campo de expansión acústica se convirtió en una masa incandescente que soltaba millones de rojas y ardientes esquirlas como si se tratase de un pedazo de Sol desprendido del astro rey inesperadamente… y a la bola de fuego se unió la descomposición instantánea, brutal, en lluvia millonada de fragmentos que salían despedidos como minúsculos cohetes, de la nave pirata que se había desintegrado de igual modo que su silencioso agresor.

El monoturboproyector tripulado por Branico, como consecuencia de su demora en la inversión del rumbo, fue alcanzado por la onda expansiva de las dos explosiones.

Saltó por el espacio en pedazos. El ingeniero técnico de vuelo quedó flotando en medio de un círculo rojizo intenso que se abría paso en el teórico azul de los espacios.

—¡Maldita sea! —gruñó Sutherland—. ¡Voy a por él aunque sea lo último que haga!

Era preciso comprobar si el sistema de intercomunicación funcionaba y de ser así, asegurarse de que Branico seguía con vida.

—¡PIERRE… PIERRE! ¿Me recibes? —le tuteó por primera vez,

—Sí… —la señal le llegó muy débil.

—¡Viva el Dios de los cielos! —exclamó Sutherland—. ¡Tranquilo, Pierre, tranquilo! Procura moverte despacio, véncete sobre ti mismo…, ¡voy de inmediato!

—Déjate de sensiblerías… —murmuró el que flotaba lentamente por el espacio, salpicando de esquirlas rojizas que se reflejaban en su equipo espacial de superficie determinando con claridad su posición —y ocúpate de la otra nave. ¡Los tienes encima y atacarán!

Sutherland ya había invertido la ruta y avanzaba a toda la velocidad que la merma de energía le estaba permitiendo hacia el punto donde

flotaba, cada vez más dificultosamente para vencer la atracción de los fragmentos incandescentes que lo rodeaban, el ingeniero técnico.

Se comunicó con la cosmofotonave:

—¡Anjanette! ¿Qué diablos pasa con esa segunda nave pirata?

—La nebulosa dificulta concretar su posición. Pero… ¡va directamente hacia usted, comandante!

—¡Karl-Heinz, por Dios! —recibió el alarido de Guadalupe—. ¡Te va a destrozar!

No tenía opción. Detuvo los reactores. Permitió un descenso en vacío, fulgurante, de como cinco espaciales y puso el vehículo de nuevo en marcha, trazando una órbita elíptica para escapar momentáneamente al posible fuego de la nave que distinguía sobre su cabeza a la perfección, situándose en velocidad horizontal.

Consiguió aparecer en la popa de la nave alterando la velocidad para situarse por encima y paralelo a sus toberas de energías. Tenía que hacer blanco precisamente allí… en el punto exacto donde se generaba la fuerza motriz del enemigo viajero.

Con movimientos frenéticos apretó los pulsadores que liberaban sucesivamente los cuatro torpedos nucleares.

¡Uno! ¡Dos! ¡Tres! ¡Cuatro!

El cuarteto mortal huía en pos de la nave pirata. Pero ésta… ¡efectuaba maniobra!

Y él ya no podía corregir la trayectoria de los torpedos.

El uno pasó en diagonal sin alcanzar al enemigo.

—¡Maldita sea! —masculló Sutherland—. ¡Valientes hijos de perra!

Y el dos, y el tres… ¡y el cuatro!

El múltiple lanzamiento había resultado baldío,

—¡Retírese, comandante! —la voz de Farenc González llegó nítida desde la *Schellenberg I*—. ¡Aléjese a toda velocidad! ¡Hemos lanzado dos cohetes de iones! ¡Fuera de ahí inmediatamente! ¡Busque una caída en vacío! ¡Rápido, comandante!

—¡Haz lo que te dice, Karl-Heinz! —gimió, angustiada, Lupe Armendáriz,

No lo hizo. Se retiró, sí, pero hacia el lugar cada vez más alejado en donde flotaba Branico.

—¡Ahora sí que te has vuelto loco de verdad, Sutherland! —le oyó decir débilmente—. ¡Loco y suicida! ¿No basta con una muerte?

—¡Te salvaré… o caeremos los dos, maldito imbécil! ¿Te acuerdas

de jugar al caballito? Pues piensa que el monoturboproyector lo es… ¡atento, Pierre, atento!

El momento de conexión entre el minivehículo espacial y Pierre, aplastándose éste contra el fuselaje y haciendo un desesperado esfuerzo por abarcarlo y volar sobre él, coincidió con el impacto estremecedor, apocalíptico, de los cohetes de iones contra la nave pirata.

Karl-Heinz Sutherland, a riesgo de perder para siempre en el espacio a Pierre Branico, que entonces sería succionado por el epicentro ígneo de la dantesca explosión y consumido por la lluvia de fuego, apuró al máximo la ya limitada velocidad del monoturboproyector.

—¡Agárrate fuerte, muchacho! Nos la estamos jugando a una carta…

—Sobre todo yo, comandante. ¿No crees? —aún supo ironizar el improvisado jockey de los espacios siderales.

Un profundo suspiro exhaló el comandante cuando se supo fuera del campo gravitatorio de la explosión.

—¿Sigues ahí arriba, camarada?

—¿Me creías capaz de abandonarte, suicida?

—Si fueras una mujer, te besaría, Pierre.

—No sabes cuánto celebro no serlo, Karl-Heinz.

—¡Señor Cherkasov!, ¿me recibe?

—Perfectamente, comandante.

—Pues si quiere salvar a su ingeniero técnico jefe compruebe si estamos en radio de teletransporte.

—Lo están, señor —respondió Farenc González, jefe de mantenimiento.

—Bien. Voy a salir al espacio abandonando el monoturboproyector. Estén preparados para teletransportarnos.

Y salió a tomar el fresco tal como había dicho. Flotando a la vera de su técnico de vuelo, escuchó como éste le recriminaba:

—Podíamos haber vuelto a la *Schellenberg I* tal y como estábamos.

—Ya sé que te gusta hacer de jinete en el espacio, pero ese vehículo que se empieza a perder a tu izquierda entre destellos azulados, rojos y ocres, no tiene ni una milésima de energía. Por mucho que le hubiese tirado de las crines y azuzado el vientre no hubiese sido capaz de cabalgar ni medio metro. ¿Quieres saber una cosa, Branico?

—Quiero.

—En honor a tu fidelidad y como consecuencia del riesgo que nuestras vidas han corrido a causa de mi obstinación, de regreso a la

nave, nos integraremos en nuestra trayectoria de origen.

—¡Pero…! ¿No pensabas ir a Plutón?

—Pensaba, sí. Pero alguien ya me advirtió a tiempo de mi torpeza y no quise escuchar. —La voz de Guadalupe y sus palabras se repitieron en el interior de su cerebro con eco intenso: «Ese ente extraño se convertirá en tu ruina». Y pensando en voz alta, musitó—: ¡No se convertirá, maldita sea!

—¿Qué dices?

—Filosofías siderales, Pierre. No me hagas mucho caso porque tienes toda la razón del espacio cósmico: ¡estoy loco!

—Estamos listos para teletransportarlos, comandante —anunció Farenc González—. Únanse.

Se acercaron al máximo.

—¡Ahora! —gritó Sutherland.

Y segundos después el rayo teletransportador les borraba del encendido espacio.

—¡Hogar, dulce hogar! —exclamó Branico.

—Rumbo a Distante, Pierre. Hazte con el mando de esta lata.

—¿No te arrepentirás…?

—Tampoco vas a saberlo. ¡Haz lo que te digo y déjame dormir!

CAPÍTULO IX

HABÍAN transcurrido veintiséis días de vuelo espacial.

Sin que se hubiese producido novedad alguna y todo se fuera desarrollando, de acuerdo con los cálculos previstos, a entera satisfacción.

La tripulación habíase sentido satisfecha y complacida en el instante en que Karl-Heinz decidiera reintegrarse a la trayectoria establecida abandonando la idea de su aventura plutoniana.

El propio comandante de la *Schellenberg I* notó el cambio favorable hacia él de cuantos estaban a sus órdenes y no escuchó en ningún momento el menor reproche acerca del incidente producido por el encuentro con las naves piratas de la Organización Ezkar y que fuera consecuencia de la alteración en la ruta y velocidad que, según los cálculos programados, debían situar a la cosmofotonave en la órbita de Distante en la desconocida galaxia Avinzor.

—No me había parecido oportuno sacarlo a colación hasta ahora —le dijo la propia Guadalupe cuando, transcurrido aquel período de tiempo, decidió abordar el tema—, pero no podía silenciar el hecho de que demostraste cordura y sentido común al desistir del viaje a Plutón.

—Te dije que nadie, ni incluso tú, me harían cambiar de opinión y que aceptaba las consecuencias hasta la última de las mismas. Sin embargo, cuando en pleno espacio vi que me estaba jugando la vida absurdamente, y lo que era peor, que a consecuencia de mi obcecación Pierre Branico podía perderse en el cosmos hasta encontrar una muerte horrible… comprendí que no tenía derecho a exponer la integridad de quienes me habían sido confiados. Hizo un alto y su expresión ofreció una imagen pensativa. Dijo, seguidamente—: He pensado mucho en ello y estoy satisfecho de haber tomado la decisión que en aquel momento, y

ahora, me parece la más justa. No obstante, me sorprende que la tripulación se alarmase por el posible riesgo a correr como consecuencia de la alteración del rumbo, ignorando el peligro corrido por los tripulantes de las nueve cosmonaves precedentes perdidas en el vacío «año luz». ¿Qué diferencia puede haber entre uno y otro peligro, Lupita?

Ella, acariciándole los cabellos suavemente, murmuró:

—La diferencia fundamental que existe entre aquel riesgo que se acepta por convicción y el temor que provoca el evento ignorado con el que no se contaba preconcebidamente. Estaban en su derecho de sentirse contra ti ante las posibles perturbaciones que pudieran surgir a causa de las alteraciones en la trayectoria, una vez iniciado el vuelo, que no tuvieran la lógica justificación de la emergencia.

—Puede que estés en lo cierto, doctora. Eres tan hermosa y deseable en lo físico como convincente en tu oratoria. —Y volviendo al tema de conversación que les ocupaba, apuntó—: Lo que verdaderamente me ha sorprendido es que David Reynolds aceptase la serie de confusas explicaciones que le di acerca de las anomalías sucedidas.

—El hecho de que te apoyase Branico y la circunstancia de que gritar y desesperarse desde allá abajo no le hubiera reportado nada práctico, fue la consecuencia de su actitud pacífica y conciliadora.

—Sigues resultando muy convincente, pequeña.

—Y tú sigues pensando en Genitúbal Branitor, ¿cierto?

—Tanto como que surcamos el espacio a una velocidad suicida rumbo a un planeta ignorado. Ese hombre se ha convertido en la obsesión de mi existencia.

—Si te preocupa, como confiesas, y quieres saber datos sobre él… ¿por qué no te comunicas con Ontkean Vlon desde la nave?

—Como comprenderás —sonrió Karl-Heinz—, esa posibilidad la admití y deseché al mismo tiempo, antes de ordenar la alteración del rumbo.

—¿Por qué la desechaste?

—Porque Plutón es el único planeta que no pertenece a la Multiespacial Galáctica del Sistema Solar y, en consecuencia, aunque a veces colaboran, las menos, no se sienten obligados a nada. Sus moradores son entes diametralmente opuestos a los demás del Sistema, sin la menor coincidencia ni en las características físicas ni en las intelectuales. Desconfiados y astutos, pero torpes en el fondo. Habrían atendido la llamada por cortesía, o quizá ni eso, pero no hacerlo,

hubiesen dado respuestas vagas que no les comprometieran a nada. De haber tratado bis a bis con Ontkean Vlon mi presencia física le hubiera obligado a arriesgar algo más y puede que hubiese obtenido algunas respuestas positivas. En fin… —volvió a sonreír besando los dedos de la mano con que ella le acariciaba—, mejor olvidado y esperar que ese vacío «año luz» no nos succione como a nuestras nueve predecesoras.

—¿Te mantienes en la hipótesis de que Genitúbal Iktrón tiene que ver con ese vado precisamente?

—Mantengo alguna duda, pero en líneas generales pienso que sí —la atrajo por la nuca para besar su boca roja de labios carnosos—, ¿Por qué no eres un poquitín cariñosa conmigo?

—Me apetece ser un mucho cariñosa…

* * *

Anjanette Shaw, técnica en lecturas cósmicas, parpadeó, intentando liberar sus ojos de las últimas moléculas de sueño en que había estado sumida profundamente.

—Me he pasado musitó, al tiempo que saltaba de la litera consultando el cronósfero.

Cuando sus pestañas interrumpieron el incesante parpadeo y sus verdosas pupilas se hicieron a la claridad captó la presencia en su compartamiento de Sean Koxworth, el técnico en evaluaciones espaciales.

—¿Qué haces tú aquí? —le preguntó.

Una extraña sonrisa floreció en los finos labios de su compañero.

—He estado velando tu sueño, preciosa.

—No sé si debo darte las gracias.

—Deberías darme algo más, Anjanette. Eres tan hermosa…

Se crisparon las bonitas facciones del rostro femenino.

—No te entiendo, Sean —dijo, aunque posiblemente entendía demasiado.

—No te hago tan tonta, muñeca. Desde que llegamos a bordo he estado pensando en ti, en tus bonitos ojos, en tu precioso y deseable cuerpo… he imaginado cien veces que te poseía. Sé generosa conmigo y no te arrepentirás.

Chispearon de indignación las verdosas pupilas.

—¡Sal inmediatamente!

—Tranquila, preciosa, tranquila —anunció él con énfasis que

escondía una incógnita que, parcialmente desveló—: Dentro de una hora, aproximadamente, se sucederán importantes cambios en la *Schellenberg I*. Si estás conmigo estarás con los vencedores. Sólo a cambio de un poco de tu amor puedo convertirme en tu seguro de ida. Ámame y sobrevivirás a esta aventura. Seremos muy felices en Plutoniv, tú y yo…

Anjanette Shaw volvió a parpadear de nuevo, repetidamente, como instantes atrás lo había hecho al saltar de la litera, como queriendo asegurarse de que no estaba bajo el influjo magnético de una horrible pesadilla.

No.

Sean Foxworth seguía frente a ella. De pie. Sonriéndole lujuriosamente.

—¿Qué estás diciendo? ¿Has tomado algún extraño bebedizo o…?

—Te voy a tomar a ti, por la fuerza, si no quieres entregarte sumisamente. Te he ofrecido un futuro lleno de felicidad y lo rechazas con el despectivo orgullo de mujer…

La puerta del compartimento se abrió con violencia y estrépito al ser forzado el sistema fotoeléctrico.

—¡Basta de conversación, estúpido! —gritó una voz femenina—. ¿Qué esperas para reducirla? ¡Sois todos iguales, siempre estáis pensando en lo mismo!

Anjanette miró perpleja a la hembra de largos cabellos rubios que no formaba parte de la tripulación. Sus ojos saltaron al rostro de Sean, con preocupada extrañeza.

—¿Qué significa todo esto, Foxworth?

—¡Yo te lo explicaré, estúpida! —gritó de nuevo la otra.

Y enfilando la boca de su lanzador sobre la bella y sorprendida faz de Anjanette Shaw hizo estallar contra aquélla una tupida nebulosa azulada. La técnico en lecturas cósmicas se desplomó al instante.

Foxworth la recogió entre sus brazos antes de que se doblara contra el piso tendiéndola sobre la litera.

—Asegúrate de que no pueda moverse, ¿eh?

—Eres odiosa, Nereida.

—Informaré de tus debilidades a mi señor Genitúbal.

La puerta seguía abierta y aunque en primera instancia Iván Cherkasov pasó delante, pasillo abajo, sin que nada le alertase… se detuvo en seco, tres o cuatro pasos más allá, porque en su subconsciente había brillado una lucecita de alerta.

Volvió atrás asomando la cabeza hacia el interior del compartimento de Anjanette Shaw. Reconoció a Foxworth, lógicamente, y su sentido de la alarma fue en aumento al percatarse de que estaba atando contra la litera el cuerpo inerme de la técnico en lecturas cósmicas.

—¡Sean…! —exclamó—. ¿Qué estás…? —entonces reparó en la impresionante, hermosa y desconocida rubia. La miró entre las dos sorpresas: la que suscita una hembra bella y la que provoca descubrir un intruso—. ¿Quién diablos eres tú, bonita?

Alzó el tubo lanzador.

Pero la reacción de Iván Cherkasov fue fulminante. Se elevó en el aire como si su anatomía estuviera dotada de cohetes propulsores y los tacones de sus botas magnéticas impactaron en el bello rostro de la mujer estampándola contra el mamparo del fondo en el que rebotó, resbalando, hasta apelotonarse en tierra.

—¡Maldito imbécil! —exclamó Foxworth—. ¡Vas a estropearlo todo!

—¡Traidor! —le escupió Cherkasow, revolviéndose hacia él.

Ambos se miraron expectantes, durante fracciones de segundo, tratando de intuir el punto débil del que a partir de aquel instante se habla convertido en enemigo a eliminar.

El técnico en evaluaciones cósmicas empezó a girar alejándose de la litera en donde Anjanatte seguía tan inmóvil como inconsciente. Cherkasov inició el giro a la par que su antagonista hizo, de pronto, amago de saltar sobre él.

Foxworth se agachó instintivamente buscando que el otro, en su pretendido salto, le rebasara, estrellándose contra la pared. Pero Iván, rectificando velozmente el amago, disparó otra vez sus piernas mortíferas estrellando las suelas en la cara de Sean, que en desesperado escorzo por zafarse a la andanada sólo pudo evitarla parcialmente.

Trastabilló medio *groggy*, girando confuso y aturdido alrededor de sí mismo.

—¡Traidor! —suspiró Iván.

Y teniéndole a su merced lo cazó con un escalofriante derechazo que casi barrenó el rostro de Sean, quien, con notable estrépito, fue a estrellarse en el mismo mamparo que antes lo hiciera la rubia.

Al caer abrió las manos y los dedos de su diestra entraron en contacto con el lanzador de gas que Nereida perdiera frente a la andanada de Cherkasov. Aquello pareció vivificar las células de Foxworth. El frío contacto del tubo lanzador. Lo empuñó instantáneamente y modificando el módulo para que la nebulosa fuera

letal, lo alzó enfilándolo sobre Cherkasov.

—¡Vete al infierno, hijo de perra!

Era mucho Cherkasov para tan poco y apático Foxworth. Una vez más la demoledora pierna derecha del primer auxiliar técnico de vuelo surcó el espacio que le separaba de su enemigo alcanzando la muñeca armada y el lanzador salió despedido sin que Sean hubiera logrado accionarlo.

—¡Te voy a machacar! —gritó Iván, encendido porque su consciente le señalaba con vibrantes aguijonazos lo cerca que había estado de la muerte. Escupiéndole de nuevo—: ¡Traidor repugnante!

Y saltó para machacarle como había asegurado cuando una mano gigantesca lo atrapó en pleno «vuelo» estrellándole contra la pared violentamente.

Se fue al suelo del todo inconsciente.

Aquella mole brutal de sobresaliente y pétrea musculatura miró al encogido Foxworth desde sus más de dos metros y medio. Dijo, como si le costase un trabajo enorme:

—No servís para nada. Es absurdo que mi señor Genitúbal Iktrón confié en gente como vosotros. ¡Levántate y cuida de que Nereida vuelva en sí, torpe! ¡Rápido! ¡Se está acercando el momento!

Sean Foxworth se alzó de tierra con evidente dificultad.

* * *

Farenc González salió del segmento C de mantenimiento accionando el emisor fotoeléctrico que hacía correr la puerta.

Retrocedió hacia el centro del pasillo y consultando su cronósfero pensó que faltaban pocas horas para entrar en el vacío «año luz» donde nueve naves se habían perdido anteriormente.

Tropezó con alguien en su retroceso.

—¡Oh, perdón…! —exclamó al tiempo que giraba buscando reconocer al compañero para bromear por el tropezón. Y sus ojos se agrandaron girando alrededor y al borde de unas órbitas dilatadas por la enorme sorpresa que le producía, precisamente, reconocer la persona con quien había topado. Articuló torpemente—: ¡Pero…! ¿Cómo es posible, señor? ¿Qué hace usted en la *Schellenberg I*? ¿Desde cuándo está…?

—¿Que desde cuándo estoy a bordo, mi estimado y sorprendido Farenc González? —le sonrió el otro completando la pregunta. Y repuso

—: Desde poco antes que la cosmofotonave despegase del centro cosmoastronáutico de Florida.

—¿Por qué, señor? Usted no debía de estar…

Apareció aquella mole gigantesca de más de dos metros y medio de altura y brazos que parecían troncos de arbusto.

Y el que tropezara con González le dijo, sin abandonar su sonrisa entre burlona y cínica:

—Este caballero está muy sorprendido de verme a bordo, Nicolai. Dice que yo no debía estar aquí… ¿Quieres darle tú, las explicaciones oportunas, mi buen Nicolai?

—Será un placer —gruñó, al tiempo que avanzaba un par de pasos hacia el jefe de mantenimiento de la *Schellenberg I*.

Farenc González comprendió —lo venía comprendiendo desde el instante en que tropezara con quien había causado su sorpresa-que algo muy grave estaba sucediendo a bordo de la cosmofotonave.

Y también entendió que poco, o nada, tenía que hacer frente aquella bestia que ya se le venía encima.

Estaba obligado a aprovechar aquellos segundos que le separaban de la inconsciencia en que le sumiría la brutal agresión de aquella masa musculosa; así que, velozmente, abrió el canal de salida del equipo emisor situado en la bocamanga de su traje espacial de a bordo y que le ponía en contacto gritando:

—¡ALARMA! ¡ALARMA! ¡HAY INTRUSOS EN LA NAVE!

—¡Maldito puerco! —exclamó el que fuera causa de la confusión de González—. ¡Mátalo ya, Nicolai, maldita sea! ¡Tritúralo!

Lo que faltaba, que lo estimulase.

Sus manazas cobraron una velocidad vertiginosa, impropia de su simiesca anatomía, y Farenc González, como atrapado entre las aspas de un gigantesco, arcaico y milenario molino, giró en el aire violenta y brutalmente para irse estrellando de una a otra pared del pasillo hasta correr por el suelo de éste, impactando en el mamparo final donde estampó la cabeza.

—¡Vamos, Nicolai, rápido! ¡Tenemos que adueñarnos de la nave antes que nuestro señor Genitúbal Iktrón se ponga en contacto con nosotros!

* * *

—¡ALARMA! ¡ALARMA! ¡HAY INTRUSOS EN LA NAVE!

¿Intrusos en la nave?

Quiso repetirse la pregunta como para despertar, con aquel estallido de alerta, del letargo en que los dulces vapores del placer habían sumido sus neuronas cuando el eco agónico de la voz de Farenc González restalló, vibrante, dentro de su cerebro rompiéndose en agudos fragmentos.

—¡ALARMA! ¡ALARMA! ¡HAY INTRUSOS EN LA NAVE!

Brincó de la litera al suelo velozmente arrastrando en su inesperado salto a la bella y relajada doctora.

—¡Karl-Heinz…! ¿Qué sucede? —exclamó primero y preguntó después al encontrarse, bruscamente, rodando en tierra. Agregando, dolida—: ¿Qué pecado estaré purgando que no puedo disfrutar de tu amor..,?

—¡Lupita! ¿Es que no has oído a Farenc?

—¿Farenc… dices? ¡Karl-Heinz! ¿Qué está pasando?

Se vestía precipitadamente.

—¡Sólo sé que hay intrusos a bordo!

—¿Intrusos…? —repitió, medio adormilada todavía.

Sutherland no la escuchaba porque había salido del compartimento como una exhalación.

Se dio de bruces con Sean Foxworth que corría por el pasillo.

—¡Foxworth! —gritó—. ¿Qué ocurre?

—No lo sé, señor —repuso con nerviosismo—. He oído el grito de alarma de Farenc González y… ¡Señor, señor…! ¡Aquel tipo que corre por el otro lado del pasillo!

Karl-Heinz giró la cabeza en redondo.

Foxworth le asestó un demoledor mazazo en la nuca.

Pese a la contundencia del impacto, el comandante aún consiguió revolverse, chispeantes los ojos, inyectados en sangre.

—¡Ah… canalla!

Pero estaba en inferioridad de condiciones por la violencia de la andanada recibida y fue presa fácil del técnico en evaluaciones espaciales. Foxworth, cobardemente y sin concesiones, le clavó la rodilla en los genitales.

—¡Aaaag…! —rugió Sutherland, encogiéndose sobre sí, merced al intenso dolor que lo invadía con punzantes estallidos.

Sean, en actitud sádica ahora, disparó sus puños una y otra vez.

—¡Ya basta, imbécil, ya basta! —le detuvo una voz autoritaria—.

¿Cuándo serás consciente de lo que haces? Nuestro señor Genitúbal Iktrón Branitor quiere al comandante vivo.

—Perdón, señor… —tartamudeó, congestionado el rostro—. Sutherland me ha hecho perder el control.

—Eres la vergüenza y el oprobio de los *mercumanos*, Sean Foxworth —dijo el otro. Añadiendo—: Llévalo al puente de mando. Nereida Diercuri, Nicolai Danziger y Ax'laph Gorx ya se encuentran allí dominando la situación. De inmediato me reúno con vosotros.

—Voy para allá, señor.

Y salió pasillo abajo arrastrando el cuerpo exánime de Karl-Heinz Sutherland.

En pocos minutos la tripulación de la *Schellenberg I* había sido reducida en medio del estupor y general sorpresa de quienes no sufrieran la violencia física de sus agresores por encontrarse en el momento de la invasión ocupando sus puestos en el puente de mando.

* * *

Efectivamente, la situación estaba dominada. Por los agresores, desde luego. Comandados por el hombre que había causado el desconcierto de Farenc González, y ahora de los demás, que le contemplaban, atónitos, como negándose todavía a creer lo que veían.

Se trataba de… Charles Lansbury. ¡El subdirector del Departamento de Operaciones Espaciales Terráqueas! ¡El hombre de confianza del general David Reynolds… su segundo de a bordo!

La cosmofotonave se encontraba detenida, al menos en apariencia, y flotando en el espacio.

Karl-Heinz Sutherland, recuperado pero con visibles huellas de la cobarde paliza que Foxworth le propinara poco antes, era del todo consciente de que se encontraban inmersos de lleno… en el vacío «año luz».

Karl-Heinz Sutherland se preguntaba, también, qué extraño y misterioso poder anulaba los sistemas de la *Schellenberg I* en su totalidad, absorbiendo la energía de la cosmofotonave.

Sólo una respuesta válida: ¡GENITÚBAL IKTRÓN BRANITOR!

—¡No les perdáis de vista! —la voz de Lansbury, alertando a sus acólitos, truncó las meditaciones del comandante.

Nereida Diercuri —aquella muñeca a la que en un principio creyera simplona y vulgar—, Sean Foxworth —el otro traidor junto al jefe de los

agresores—, Nicolai Danziger —el «enorme» que le había violentado allá en el pasillo cilíndrico del *Satélite Relax*—y Ax'laph Gorx —el que mientras su compañero le sacudía de firme no dejaba de repetir: «*Procura que a Nereida no le suceda nada*»—, esgrimían, tensamente empuñados, vomitadores láser de eficacia mortal.

Todos dispuestos en generador 15. No daban opción a intentar nada.

—¡Estamos suspendidos en el vacío, Karl-Heinz! —exclamó Pierre—. No alcanzo a comprender qué fuerza desconocida…

—¡Silencio, Branico! —le conminó Charles Lansbury—. Ya entenderá a su debido tiempo. —Y encarándose con Sutherland, ampliando su cínica sonrisa de superioridad, le dijo—: Me tuvo usted muy preocupado al desviar la ruta y más todavía cuando estuvo a punto de desaparecer en el absurdo enfrentamiento con las naves piratas de Ezkar.

—Suena a falsa su disertación y es burdo que admita sus temores sobre mi vida.

—Vivo es como le quiere mi señor Genitúbal Iktrón y por eso me preocupé frente a su posible óbito. Necesitamos de hombres como usted para…

Se interrumpió bruscamente, incorporando a todos sus mecanismos vitales una rigidez casi militar, intuyendo la magnitud de lo que iba a suceder.

Se hizo un silencio expectante. Tupido, denso, como si tuviera cuerpo.

Y en su interior, rompiéndolo en mil fragmentos lo mismo que un cohete de fotones al estallar y convertir en pedazos la estructura de un artefacto espacial, eclosionaron los matices agudos de un registro de resonancia entre grave y acariciante, entre metálica y persuasoria:

—¡Bien venidos, damas y caballeros de la *Schellenberg I*! Se encuentran en Plutoniv, imperio inmortal del universo. Acaban de incorporarse al Año I de la *Era Hegemónica Mercumana*. Tras de sí han dejado un pasado oscuro y arcaico para entrar de lleno en la energía vivificadora de Genitúbal Iktrón Branitor. Bien venidos, sí… *aquellos que quieran estar conmigo*. Desgraciados, también… *quienes se rebelen contra mi poder infinito.*

De nuevo aquel silencio denso, tupido, que tenía cuerpo,

Y las miradas de todos cuantos se hallaban en el puente de mando de la cosmofotonave, convergiendo en la pantalla gigante, en el video fotónico de vuelo, donde se reflejaba en proporción de uno a diez el

rostro de…

¡GENITÚBAL IKTRÓN BRANITOR!

Que no respondía en lo más mínimo a la ambición fantasiosa de quienes lo habían imaginado diametralmente distinto a como en realidad era.

Tenía las características físicas de cualquier humanoide. Un terrícola más. Joven. De facciones muy correctas que ofrecían una expresividad agradable, dulce inclusive. Vivos y grandes ojos de tonalidad acerada. El más acusado contraste se significaba en la nívea blancura, que no correspondía a un hombre de su sorprendente juventud, de aquellos largos y sedosos cabellos que caían encima de los hombros cubiertos por una túnica escarlata.

—Confundidos, ¿verdad? Me esperaban muy distinto, ¿cierto? Un repugnante engendro o un impersonal y mecanizado robot…; ¿era eso lo que querían, no? En el Año I de la *Era Hegemónica Mercumana*, nada es como ustedes puedan imaginar. ¡Hasta pronto, caballeros!

Desapareció la imagen del videoscope.

Y al instante una negra nebulosa se adueñó del ámbito. La oscuridad se hizo impenetrable. Hasta que de súbito la luz cegadora, vivísima, intensamente roja y procedente de un caudal de energía de extraordinaria magnitud zigzagueó rutilante, envolviéndoles a todos y succionándoles con la fuerza de un tifón,

Una brusca suavidad se los llevó de allí.

CAPÍTULO X

—Mi poder… *sí* es infinito, señor Sutherland.

—No le creo —rechazó el comandante—. De ser así yo no estaría vivo. Usted quiere pactar,

—¿De veras? ¿Cómo piensa entonces que han llegado hasta aquí? ¿Cómo supone que se perdieron las nueve naves anteriores en ese espacio de tiempo que allá abajo definen como «año luz»?

—Usted ha creado una ilusión óptica extendiéndola como una telaraña para atrapar a los cerebros que caen en los confines de su zona magnética. Es un viejo truco, Genitúbal Iktrón.

—Un viejo truco que abarca lo que ustedes conocen y ese resto del infinito que desconocen…, ¡por favor, no sea niño! Como niñería es, pretender que yo le temo, que deseo pactar. Nereida podía haberle destruido y también Nicolai Danziger y Ax'laph Gor. El hecho de que no lo hicieran es la base de su teoría, ¿cierto? ¿Por qué el poder infinito iba a respetar su existencia? —sonrió tenuemente—. Tiene su explicación y voy a dársela.

—¿Qué ha sido de mi tripulación? —le interrumpió el cosmonauta.

—Luego hablaremos de eso. ¿Le decía…? ¡Ah, sí,..! Necesito hombres como usted, Sutherland. Seres dotados de verdadera inteligencia natural y con capacidad autónoma de maniobra en quienes poder descansar la pesada carga de mi poder infinito: ésa es la verdadera razón de que esté usted vivo.

Los demás, sólo me sirven para… convertirlos en *mercumanos*.

—¿Qué es realmente un *mercumano*?

—El cerebro de un mercuriano metido en la envoltura física de un terrestre. Nereida, Lansbury, Danziger, Foxworth, Ax'laph… son

ejemplos que usted conoce. Pero en los planetas de la Multiespacial Galáctica existen ya, sirviendo a mis órdenes… más de cinco millones de *mercumanos*. Cuando venga la destrucción total sólo mis *mercumanos* sobrevivirán y se instaurará definitivamente el imperio inmortal del universo; el Año I de la *Era Hegemónica Mercumana* desarrollará todo su esplendor, controlada y dirigida por mí desde Plutoniv… el planeta que en la Confederación se conoce como Distante. Tiene una opción única y pocos segundos para decidir: *conmigo o convertido en mercumano*. Usted elige, comandante Sutherland.

Karl-Heinz estaba confundido. Empezaba a admitir el poder diabólico de aquel ente de pérfido intelecto. Pero la opción, aun siendo única, tenía sus matices; uno de ellos, hacer jugar el tiempo a su favor.

—¿Dónde está la diferencia?

—Jugar conmigo es peligroso, comandante.

—Ha dicho que necesitaba seres pensantes, Iktrón. Y quienes piensan, hacen preguntas. No trato de jugar con usted, pero sí de saber con quién me juego mi futuro.

—Se lo juega con el único, con el mejor, con el invencible… ¡con el inmortal de la aventura cósmica! Con el que puede dar la vida y la muerte. Nada ni nadie se me puede resistir… ¡SOY EL UNICO! —Una extraña vehemencia había acometido la oratoria, hasta entonces fría e impersonal de Iktrón Branitor, dotándola de una casi apasionada humanidad. Y siguió, deslizándose por el vertiginoso tobogán de la supremacía que le otorgaba su maléfico sortilegio—: ¡EL ÚNICO… SÍ! Cuando yo estaba en génesis, Ontkean Vlon no me quiso creer, pero empezó a temerme consciente de que mi movimiento era secundado, entendiendo que podría hacerle saltar de su trono en Plutón. Tanto me temía que ni a exterminarme se atrevió y me hizo huir del planeta como un traidor disidente… ¡y entonces aún estaba a tiempo de destruirme!

—¿Por qué… *entonces*?

Sutherland apuntó la pregunta suavemente para no romper el éxtasis contemplativo, aquella especie de contradictorio narcisismo en que parecía haberse sumido Genitúbal Iktrón Branitor.

—Porque entonces empezaba a recibir los tímidos rayos de la energía vivificadora y eterna de Xlz’jw Vzlav.

—¿Xlz’jw Vzlav? —repitió el cosmonauta en tono muy quedo.

—Sí, mi precursor en la inmortalidad. Tras cinco mil años de poder infinito había llegado el momento sublime y definitivo de traspasar sus poderes porque tenía que marcharse a otro universo. Y yo… ¡ERA EL

ELEGIDO! Pero en aquel momento estaba siendo probado para saber si era digno… Xlz'jw Vzlav no podía arriesgarse a dejar la fuente de energía en manos torpes y débiles… —se puso en pie, de un brinco, alentado por aquella fiebre que parecía ir in crescendo. Gritó—: ¡BASTA YA! El Poder no puede razonar con un ser insignificante como tú… —le tuteaba por primera vez—. ¿Estás conmigo o contra mí?

—Estoy contigo —tenía que convencerle de que aceptaba su poder que, de hecho, existía.

—Eres inteligente —dijo, cansinamente, en contraste regresivo hacia su anterior actitud.

—Déjame que hable con los míos para convencerles de que acepten…

—¡Naturalmente que lo aceptarán! —estalló en carcajadas—. Mañana… *¡estarán convertidos en mercumanos!*

Una tremenda angustia se adueñó de Karl-Heinz: *¡Guadalupe convertida en mercumana!*

¿Cómo podía evitar que…?

¡LA FUENTE DE ENERGIA DE XLZ'JW VZLAV… la que vivificaba aquel ser y de la que emanaba toda su fuerza! ¡HABÍA QUE DESTRUIRLA!

Pero ¿cómo? ¿Y dónde se encontraba?

—Entiendo. Te preocupa la muchacha, ¿verdad? ¡Débil rasgo de terrícola! Yo te proporcionaré una hermosísima que te dará mucho placer. Y ahora, tengo que descansar. Si me lo permites…

Chasqueó en el aire los dedos pulgar de la diestra, sobreviniendo en torno a Karl-Heinz la misma oscuridad que invadiera poco antes la *Schellenberg I.*

Viajó vertiginosamente por un impresionante túnel de tinieblas.

CAPÍTULO XI

AL otro extremo del impresionante túnel de tinieblas explosionaba con toda la agreste fragancia de su lujurioso verdor aquel reducto paradisíaco por la enorme corpulencia de distintas clases de arbustos.

La mujer extendió la mano y dijo:

—Allí está el Tigris —señalaba el tránsito caudaloso de uno de los ríos que delimitaban la esplendorosa jungla: y extendiendo la otra, agregó—: Y aquél es el Éufrates.

«Si ella lo dice», pensó Karl-Heinz.

Y pensó también que su bisabuela Marlene, modelo de longevidad familiar —había existido durante ciento cincuenta y dos años—, le había hablado en su infancia de la Creación, de un Dios omnividente y omnipotente que en los albores de la humanidad había situado dos criaturas, hechas a su imagen y semejanza, en un jardín laberíntico llamado Paraíso Terrenal que estaba comprendido entre los ríos Tigris y Éufrates.

Era inaudito, inconcebible, admitir que Genitúbal Iktrón…

¡No! ¿Cómo se le podía ocurrir pensar aquello?

—Me llamo Liv Elsenstain y he sido concebida por mi señor para abrirte de par en par las puertas del reino del placer. Conmigo gozarás hasta enloquecer por todos los años del universo.

Eva, siempre partiendo de los relatos de su bisabuela Marlene, le habla ofrecido a Adán una manzana para que la probase…

La miró.

Magnífica, desde luego. Todavía más hermosa de lo que él le había anunciado.

Completamente desnuda.

Negro azabache su cabello, despidiendo esquirlas azuladas de tan negro como era, cubriendo sus tersos y frágiles hombros, enmarcando un precioso óvalo de tonalidad bronceada. Arqueadas las cejas que coronaban las órbitas chinescas donde se encontraban cautivos unos ojos grandes, móviles, vivísimos y oscuros. Recta y corta la nariz que caía encima de unos labios carnosos y sensuales que se curvaban en impecable arco de cupido y que se extendían como una suave pincelada de rojez natural, ardiente, sangrante.

Su cuerpo era pura filigrana. Y el auténtico furor de su hechizo sexual radicaba en la pujante agresividad de sus pechos deliciosamente arqueados y exquisitamente firmes; unos senos pícnicos, pero no excesivos, que evidenciaban un fuerte temperamento erótico, una condición de hembra apasionada capaz de amar con arrolladora intensidad, de saber entregarse plenamente al goce carnal.

Mientras la examinaba con minuciosa delectación el cerebro de Karl-Heinz, nada ajeno a las virtudes físicas de aquella deidad pagana, trabajaba velozmente.

Genitúbal Iktrón le entregaba aquella hembra, o lo ponía a él en manos de ella para alejarlo momentáneamente de las preocupaciones dimanantes de todo lo sucedido, esperando que el placer de la carne le haría olvidarse de quienes, dependiendo de él, estaban condenados a ser convertidos en *mercumanos*. La hembra estaba concebida con una finalidad concreta; su cuerpo tenía que ser hermoso para brindar las mieles del éxtasis, pero… ¿podía gozar ella?

Porque si gozaba, si su reacción física era totalmente humana, Liv Elsenstain… ¡podía convertirse en un instrumento muy útil a la hora de conseguir lo que Karl-Heinz Sutherland se proponía, ya contra reloj, y a la desesperada!

El tiempo que en un principio pensaba hacer jugar a su favor que era su peor enemigo dada la premura con que Genitúbal Iktrón estaba dispuesto a obrar sobre los tripulantes de la *Schellenberg I*. De ahí que el cosmonauta tuviese que agudizar al máximo su inteligencia e ingenio para proceder, desde luego, a la desesperada.

Y no era solamente la vida de su tripulación la que dependía del éxito o fracaso de su intento, sino que prácticamente la de todos los moradores de la Multiespacial Galáctica del Sistema Solar.

Liv Elsenstein podía… *era la última carta a jugar contra el poder inverosímil de Genitúbal Iktrón Branitor.*

Por eso, tras demostrarle incluso más admiración e interés del que

por sus exuberantes encantos merecía, murmuró:

—Lástima que no seas capaz de sentir como una mujer de mi planeta. El amor físico, si no se comparte plenamente, es insípido y absurdo.

Oteó ella su azabache melena. Las oscuras pupilas chispearon con brillo de contrariedad lo mismo que si se sintiera ofendida.

—¿Quién te ha dicho que no soy capaz de gozar al unísono que tú?

—Tú misma, Liv… «*He sido concebida por mi señor para abrirte de par en par las puertas…*» Has sido concebida, CON-CE-BI-DA, y eso hace que no seas dueña de tus actos y de tus íntimas emociones. Eres una simple *mercumana*, Liv Elsenstain. No me sirves para el amor.

Rio ella con cautivadora suavidad.

—Te equivocas, Karl-Heinz. Lo de… «concebida», no es más que una forma de expresión que nace de la servidumbre que le debo a mi señor, pero yo, igual que tú… *soy total y absolutamente humana*. En cuerpo y pensamiento. Dentro de poco tú profesarás a Genitúbal la misma obediencia y devoción que yo y no dejarás por ello de ser humano. Olvida tus reservas… —amplió la dulce y sensual sonrisa-y ámame con toda la pasión e intensidad de que seas capaz porque yo estoy dispuesta a secundarte hasta la consumición. Tienes un cuerpo muy hermoso, Karl-Heinz. Te deseo muchísimo…

Sutherland hubiera deseado saltar, brincar y gritar de alegría. Porque Genitúbal Iktrón Branitor, en el colmo de la confianza que él mismo se otorgaba, en la cima de su poder y en la cúspide de su superioridad, endiosado ante la certeza infalible que le proporcionaba su energía, habla cometido posiblemente el único error.

El único, sí; *Liv Elsenstain*.

—Yo también te deseo, divina. Jamás he amado a una mujer tan extraordinariamente bella, tan espléndida, tan ardiente…

Ella le tendió una mano que él tomó.

—Ven…, nada mejor que el verde y lujurioso manto de esta naturaleza creada por nuestro señor para dar cobijo al común deseo que nos invade, a la pasión que ya nos consume. Ven, mi segundo dios…

Fueron.

* * *

—¡Ah…, Karl-Heinz! Esto es sublime. Eres divino haciendo el amor…

Sutherland tenía que hacer un esfuerzo sobrenatural para disociar

los vapores físicos de los psíquicos ante la oleada de éxtasis que cabalgaba, furiosa y desenfrenada, por dentro de su anatomía.

Era vital y trascendente que mantuviese su cerebro más claro que nunca.

—¿Mejor que Genitúbal?

—El… él no puede hacer esto. No encuentra ninguna clase de satisfacción. ¡Por favor, vida mía, no te detengas ahora!

—Entonces ¿para qué le sirve su poder, su supuesta energía?

—¡Karl-Heinz! —se desesperó ella—. ¡Ámame… te lo suplico! Luego hablaremos de esas cosas. Ahora…, ¡ahora necesito ahogarme en el placer!

—La pretendida energía de Genitúbal Iktrón Branitor *no existe*, Liv —siguió Karl-Heinz Sutherland, sin acceder a las desesperadas súplicas de la ardiente hembra—. Es simplemente una ilusión paranormal en la que ha sumido a quienes son accesibles al poder de su mente. Es una red de ilusionismo, es un engaño, Liv… ¿No lo entiendes?

—¡Ahora no puedo entender nada, amor! Pero sé que su energía existe.

—¿Cómo lo sabes? ¿Qué pruebas tienes?

Ella se contorsionó con auténtica ferocidad lúbrica.

—¡POR FAVOR… SIGUE! ¡NO ME TORTURES MÁS!

—Demuéstrame que la energía de Genitúbal es una realidad, que existe, y seré tuyo por todos esos años del universo de que me hablabas antes.

—¡Karl-Heinz…, no puedo hacerlo! ¿No comprendes que él podría destruirnos?

Sutherland, lanzado, consciente de que su única y desesperada posibilidad podía cristalizar, insistió:

—¿Sabes o no dónde se encuentra esa fuente de energía, Liv?

—¡Sí, sí, lo sé! ¡LO SE!

—Llévame hasta ella. ¿No se te ha ocurrido pensar que podría ser nuestra y que nos convertiríamos en los dueños inmortales de todo el cosmos? Liv…, ¿no lo entiendes? ¡Sería maravilloso! El poder y el placer para nosotros dos… ¡Sólo para nosotros dos! Llévame a ese lugar. Piensa, Liv… ¿Por qué él y no nosotros? ¡Llévame!

—Está bien, Karl-Heinz. Pero no olvides que estamos jugando con la muerte. Tu ambición puede ser nuestra ruina.

—¿Es que tú no eres ambiciosa, criatura?

—Lo era —dijo con un rasgo de tristeza en su voz—. Pero él me convenció de lo contrario. Me demostró que es el único dueño… ¡Olvidémonos de eso y disfrutemos de lo que se nos concede!

—No estoy dispuesto a renunciar, Liv.

—De acuerdo. Vámonos…

Sólo unos minutos separaban aquella jungla paradisíaca de lo que podía llamarse, de un modo gráfico, civilización, de la ciudad de Plutoniv en que se encontraban.

Karl-Heinz Sutherland no ocultó su asombro al comprobar que los enormes y altísimos edificios —recordaban parcialmente los rascacielos de la ciudad que en la Confederación de Estados Terrestres se conocía con el nombre de Nueva York— manteníanse en el vacío sin apoyo alguno, sin cimientos… lo mismo que las elevadas rampas de acceso a ellos y los estacionamientos para vehículos móviles se sostenían sin pilastras, columnas, ni nada por el estilo.

¡Flotaban en el espacio! ¿Cómo era posible aquello?

Liv Elsenstain, que caminaba a su lado sin el más mínimo pudor a exhibir se desnudez, pareció leer sus pensamientos. Le dijo:

—Ahí tienes una muestra de esa energía cuya existencia pones en duda. La fuente inagotable que vivifica a Genitúbal Iktrón hace posible lo que aparentemente, para ti y para quienes todavía ignoran la realidad de su infinito poder, es inexplicable. ¿Todavía sigues pensando igual?

—Y tú también, ¿no? De lo contrario, ¿por qué te arriesgas?

Se encogió de hombros.

—No lo sé con exactitud. Quizá porque tú has resucitado unas emociones que suponía muertas dentro de mí… Puede que seas tú quien realmente me está haciendo vivir dentro de esa ilusión que le atribuyes a él… o quizá pienso que todo no es lo maravilloso que yo suponía y me importa poco desaparecer contigo. Estoy confusa. En estos instantes preferiría ser una *mercumana*.

Estaban subiendo por la rampa que conducía a la entrada de una construcción de características cónicas.

—¿Qué hay ahí dentro?

—El génesis del Año I de la *Era Hegemónica Mercumana*. Urbe Cero es su nombre.

Fue entonces cuando surgió frente a ellos el individuo.

—¿Identificación? —inquirió, con voz exenta de matices, impersonal.

—Elsenstain, clave 103 – 2. Misión de servicio 0 – 1. Estoy

autorizada para mostrar a este humano las instalaciones de Urbe Cero.

—Tengo que computar esos datos.

Liv miró a Karl-Heinz significativamente. Los *mercumanos* eran de características físicas terráqueas, por lo tanto… Se movió con celeridad y el canto de su diestra estalló contra el cuello del guardia de seguridad que cayó al suelo como fulminado. Liv Elsenstain tomó un extraño artefacto que el *mercumano* llevaba en una de las fundas de su cinto metálico y enfocándolo hacia la puerta le hizo expeler unos chispazos de color plomizo.

La puerta cedió hacia arriba y hacia adentro descubriendo un largo y estrecho pasillo cuyo techo era de un material duro y transparente. Avanzaron por él en rápida carrera hasta desembocar en una estancia circular totalmente desértica.

—Con el control remoto tengo que ir tanteando hasta encontrar la entrada del elevador. Ignoro la clave de registro y eso nos llevará tiempo. Temo que él nos tenga localizados ya y…

Y entonces, el suelo cedió.

Cedió hacia el interior hundiéndose bajo sus pies, desapareciendo…

* * *

Había sido un descenso en vertical —sin gravitación alrededor de ellos—, vertiginoso, rapidísimo, infinitesimal, en el que Karl-Heinz tuvo consciencia exacta de que recorrían una distancia impresionante.

Hasta aterrizar sin la menor sensación de violencia. Sin notar tan siquiera la toma de contacto con una superficie sólida, la vuelta a un entorno de atracción gravitatoria.

Era un extraño paraje poblado de rocas silicosas, de estalactitas y estalagmitas. Una de aquéllas, más estrecha, larga y puntiaguda que las demás, estaba rodeada de un halo incandescente, de un aura excitadísima que despedía chispazos intensos que herían de tal forma la retina amenazando con producir inmediata ceguera si no se apartaban al instante los ojos de ella.

—Una magnífica aventura espeleológica, ¿no lo cree así, comandante Sutherland?

Era él.

Era su voz de registros entre graves y metálicos.

Era… GENITÚBAL IKTRÓN BRANITOR.

Que siguió desgranando:

—Para que tenga una idea exacta de lo que acaba de suceder —ya no le tuteaba y eso advirtió a Karl-Heinz de la peligrosidad que se cernía sobre Liv y él—, le diré que si esto hubiese ocurrido en su planeta, se encontraría unos diez mil kilómetros hacia el interior de la masa… de las entrañas que dirían allí. Pero donde en realidad se encuentra es en el hábitat de mi energía. Creo que ya lo ha comprendido, ¿verdad? Esa rutilante estalactita es la fuente imperecedera que me legó Xlz'jw Vzlav… ¡ES EL PODER, ES LA ENERGIA, ES LA FUERZA QUE DENTRO DE POCO CONTROLARA EL COSMOS, LO CONOCIDO Y LO DESCONOCIDO! Dudaba de ello, ¿no? Le he permitido llegar aquí porque no quería… *destruirlo* sin antes destruir su escepticismo…

Acababa de surgir, con su túnica escarlata y sus largos cabellos albos, por entre las rocas silicosas.

—…Supe desde el primer instante que mentía al aceptar mi superioridad absoluta, al decirme que estaba conmigo. Por eso le sometí a esta prueba, como también la he sometido a ella. Ahora sé con certeza que no puedo confiar en ningún terrícola… *que debo convertirlos en mercumanos para garantizar la trayectoria eterna de mi poder supremo*. Pero vosotros…, ¡vosotros no veréis nada de eso! Vosotros vais a ser destruidos ahora… ¡en este mismo instante! —Miró a la desnuda mujer sobre cuyo cuerpo enfocaba el cañón de su desintegrador vibratorio, diciéndole con supuesta tristeza—: Había llegado a estar seguro de ti, Liv Elsenstain…, había creído que podía concederte el don de la eternidad sin modificar tu estructura humana…, había aceptado tu sumisión y no has superado tan siquiera la primera prueba a que te he sometido. ¡Qué lástima de terrestres! ¡Qué entes más simples y a la vez más complicados! La ambición, las bajas pasiones, los sucios sentimientos, cualquier oportunidad vil os proyecta a la vesania…

—¿Y usted no es vil y vesánico? ¿Y usted no adora su ego y ambiciona el poder, Genitúbal Iktrón? —intervino Karl-Heinz. Añadiendo—: Está exento de esas pasiones que califica de bajas, sucias y ruines, porque está negado a la capacidad de sentirlas, pero en la condición de su naturaleza es mucho peor que cualquier humano, más ruin y…

Estalló en violentas carcajadas que sonaron como trallazos repartiendo su eco agudo de roca en roca y fragmentándolo en mil pedazos contra cada una de ellas.

—Ya no tiene tiempo ni de ganarlo, Karl-Heinz Sutherland. Su hora definitiva ha llegado… ¡Mire lo que hago con ella!

Apenas el azulado zigzag de un rayo brotó del cañón del arma y Liv Elsenstain… *¡se desintegró al instante!*

El cosmonauta voló como una exhalación justo a tiempo de atrapar la muñeca de Genitúbal y ambos rodaron en tierra en el instante exacto en que accionaba de nuevo el desintegrador vibratorio.

El arma estaba en alto a consecuencia de la presión que Sutherlans ejercía alrededor de la muñeca que la sujetaba.

Brotó el rayo…

¡Y fue a impactar sobre la estalactita más estrecha, larga y puntiaguda que las demás! ¡Sobre la que estaba rodeada de un halo incandescente, de un aura excitadísima que despedía chispazos de cegadora intensidad!

Que desapareció desintegrada.

Karl-Heinz se quedó boquiabierto al comprobar que los dedos de su mano derecha estaban cerrados al vacío… que la muñeca de Genitúbal Iktrón Branitor se había volatilizado… *que todo él se había esfumado, que no estaba… ¡QUE NO EXISTIA YA!*

—¡Pero…! —tartamudeó, confuso ante la conmoción que en fracciones de segundo se estaba registrando en torno suyo—. ¿Qué está sucediendo? ¿Dónde…?

EPILOGO

¡SE encontraba a bordo de la *Schellenberg I*!

¡En el puente de mando de la cosmofotonave, con la tripulación en sus puestos…!

Y en todos los rostros idéntica expresión de sorpresa y estupor.

Porque Charles Lansbury, Sean Foxworth, Nicolai Danziger, Nereida Diercuri y Ax'laph Gorx… ¡se habían desintegrado también!

—¡La nave ha quedado en libertad, Karl-Heinz! —exclamó Pierre Branico con alegría incontenible—. Esa fuerza misteriosa que parecía suspendernos en el vacío y que anulaba todos los sistemas de la *Schellenberg I*… ¡ha desaparecido! La normalidad es absoluta.

—¡No del todo! —exclamó a su vez Anjanette Shaw, técnica en lecturas espaciales—. El planeta Distante… ¡NO EXISTE!

Guadalupe Armendáriz, sin ocuparse ni preocuparse de nada que no fuera el comandante, corrió hacia él, alborozada, refugiándose contra su tórax y pidiendo ser fuertemente estrechada.

Y lo fue, desde luego. Y sus labios sellados con largueza.

—¡No estamos perdidos en el «año luz»! —estalló, emocionado, Iván Cherkasov, primer auxiliar técnico de vuelo—. ¡Nuestra posición está perfectamente establecida! Pero si no existe Distante, ¿cuál debe ser ahora nuestro rumbo, Shutherland?

—¡Comandante! —insistió esta vez Farenc González, jefe de mantenimiento, que no presentaba la menor señal de su violento encuentro con Nicolai Danziger. ¿Adónde vamos ahora? Distante no existe… ¡COMANDANTE!

Apartó sus labios de los de Lupita.

—¿Por qué gritáis de esa manera? ¿Es que os habéis vuelto locos? —

Todos… le miraban a él como si le tomasen por loco. Entendiéndolo, estalló en carcajadas. Después—: ¡Señor Branico!

—¡Vaya! —soltó Pierre—, qué considerado te has vuelto de repente. «Señor Branico…» ¿Sí, comandante?

—Regresamos a la Confederación de Estados Terrestres. Hágase cargo del mando de la *Schellenberg I*. Yo necesito descansar. He vivido demasiadas emociones en pocas horas…

—¡Y más que vas a vivir! —se burló, socarrón, el ingeniero técnico de vuelo.

—¡Ah, Pierre! —rio de nuevo el cosmonauta—. Ve pensando cómo le explicarás al general David Reynolds, director del Departamento de Operaciones Espaciales Terráqueas, que Distante no existe, que el vacío «año luz» no existe…

—¿Yo…? ¿Se lo he de explicar yo?

—Sí. Porque yo pienso pasarme la vida comprobando si la doctora Armendáriz existe. Después de todo lo sucedido no estoy seguro de nada.

—¡Ya…! —masticó Branico la expresión por un extremo de la boca. Lo mismo que si se comiera las dos letras—. ¡Ya!

—Te voy a demostrar que existo mientras que me quede una gota de sangre en el cuerpo, amor mío —susurró ella.

La primera comprobación acerca de la existencia de Guadalupe Armendáriz duró —y ello probaba que los cálculos de Gerald Schellenberg, avanzando en técnicas especiales, eran exactos— unas cinco semanas.

Y cuando entraron en la órbita de la Confederación de Estados Terrestres, Lupita seguía teniendo muchas gotas de sangre en su precioso cuerpo. O sea, que siguió demostrándole que existía, demostrándoselo una y otra vez, demostrándoselo, demostrándoselo…

FIN

PUNTO ROJO

intriga...

ROJO

misterio ...

ROJO

suspense...

ROJO

acción ...

ROJO

ISBN 84-02-02525-0



EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.

PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España

NOTAS

[1] *Capa superior de la atmósfera terrestre situada por encima de la alta estratosfera, cuyos límites extremos suelen establecerse a 80 y 1.200 kilómetros de altura. Contiene gran número de iones (partículas con carga eléctrica) cuyas propiedades conductoras les permiten reflejar las ondas de la radio. (N. del A.)*

[2] *Unidad de longitud utilizada en ciertos cálculos astronómicos. Es la distancia recorrida por la luz en un año y equivale a 9,461.10/12 kilómetros, más específicamente: 9.461.000.000.000 y que se resume en nueve billones de kilómetros. Utilízase para evaluar distancias relativas a objetos exteriores al Sistema Solar y en general las que separan los objetos situados en los espacios intergalácticos. Por ese sistema de unidad evaluadora se ha podido determinar que la distancia de la Tierra a la galaxia de Andrómeda equivale a unos 2.200.000 años luz. Con los radiotelescopios gigantes se han determinado distancias superiores a 10X10A. (N. del A.)*